

UNA
PROPUESTA
ARRIESGADA



Vega Manhattan

UNA
PROPUESTA
ARRIESGADA

Vega Manhattan

Una propuesta arriesgada.

©Vega Manhattan.

1º Edición: Octubre, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Capítulo 1



—Dani, tenemos que hablar.

—No quiero —me levanté para irme rápidamente, pero mi “querido” hermano mayor me agarró del brazo y me hizo sentarme en la hamaca del porche de nuevo.

Miré al cielo, estaba bonita la noche, pero a mí eso me importaba más bien poco. Yo solo quería encontrar la manera de poder escaquearme. Bajé la vista y miré alrededor.

Si hacía un movimiento rápido, podría saltar la valla y... No, me la metería seguro, con lo torpe que era, capaz y me rompía una pierna.

—No vas a escapar, así que te relajas —se sentó a mi lado, puso los pies encima de la mesa para que no pudiera salir por ese lado y sonrió, sabiendo que me dejaba atrapada—. Tenemos que hablar.

Yo me conocía muy bien los “Tenemos que hablar” de mi hermano mayor. O eran para pedirme algún favor que no me iba a gustar hacerle o eran para...

—Sabes que no me quiero meter en tu vida —comenzó.

Pues esa era la segunda opción posible. Era, exactamente, para meterse en mi vida, lo que venía haciendo desde que nací, vaya.

—Pues no te metas, mira que es sencillo.

—Pero estoy preocupado por ti.

Resoplé. Siempre era lo mismo. No tenía por qué preocuparse por mí, me iban muy bien las cosas. Pero él tenía complejo de padre protector y no había quien se lo quitara.

—¿Ya vas a empezar? —lo miré con las cejas enarcadas.

—Mamá también está preocupada por ti.

—¡Mamá no ha dicho nada! —gritó ella desde la cocina, la ventana estaba justo detrás de la hamaca.

Puse los ojos en blanco, donde mi madre no metiera las narices...

—¡Mamá siempre está preocupada por todo y por todos, tampoco es nuevo!
—grité yo y la escuché refunfuñar por lo bajito, haciéndome reír.

Mi madre era la mejor madre del mundo, nos había criado a los dos ella sola porque mi padre falleció en un accidente de tráfico cuando éramos pequeños. Desde entonces, había trabajado día y noche para que a nosotros no nos faltara de nada. Pero arrastraba el sentimiento de culpabilidad de que no hubiera pasado con nosotros más tiempo. Y eso la llevaba a estar muy encima ahora que ambos éramos adultos y nos valíamos por nosotros mismos. Y como ya no vivíamos con ella y, además, en ciudades distintas, cada vez que veníamos a verla, volcaba sobre nosotros toda esa preocupación guardada durante días, semanas o meses.

Y, por si eso no fuera suficiente, yo recibía por dos. Por mi madre y por el pesado de mi hermano.

—No te veo bien.

—Estoy bien, David, las cosas me van bien —no entendía qué era lo que veía mal.

—Dirás que el trabajo te va bien.

—Pues sí.

Era la verdad. Había estudiado mucho para llegar a ser cirujana. Muchas horas de mi vida con la nariz entre los libros y con el único propósito de conseguir mi sueño.

Lo había logrado y era feliz por ello.

¿Qué veía él que estuviera mal en mi vida?

—Eres una adicta al trabajo.

Puse los ojos en blanco, ya estábamos con lo mismo. Siempre escuchando la misma frase. Y lo peor de todo era que no podía rebatirle porque tenía razón.

Mi trabajo era mi vida, me encantaba. Y el tiempo libre que tenía lo dedicaba a formarme aún más. Y tampoco había nada de malo en ello, ¿no?

—Me gusta mi vida —me encogí de hombros.

—Pero necesitas algo más, piojo —así era como me llamaban él y su mejor amigo cuando era pequeña. Y todo porque lo único que yo intentaba era pasar tiempo con ellos y les resultaba molesta—. Necesitas vivir.

—Lo hago, David, vivo la vida que quiero.

—Estás desaprovechando los mejores años de tu vida. Yo, con tu edad, y mucho antes, ya me había tirado a media ciudad y me emborrachaba cada fin de semana.

Por qué lo decía con orgullo es algo que no puedo entender. Puse cara de asco, no me interesaba conocer las batallitas sexuales de mi hermano, la verdad.

Ya bastante traumatizada me había dejado en la infancia.

—¿Me estás diciendo que me acueste con hombres? —no sabía si sonar ofendida porque pensara que no lo hacía (la verdad era que no lo hacía) o si reírme por la cara de horror que me puso cuando le hice la pregunta.

—Daniela, por Dios —resopló mi madre y la ignoré.

Mi hermano era un ligón de primera, lo había sido toda la vida y seguía con la misma fama, ni por haber superado los treinta años tenía pinta de sentar la cabeza.

Siendo objetiva, lo entendía. Era un moreno impresionante, parecía un ropero empotrado. Se cuidaba bastante y siendo mi hermano, evidentemente era muy guapo. Pelo negro, ojos verdes y unas facciones duras que gustaban a las mujeres.

Y a él también le gustaban ellas. Le gustaban todas. Estaba muy bien con todas a la vez y con ninguna en particular. Así que no debería de espantarse tan rápido si hablábamos de sexo cuando él era el primero que siempre alardeaba, cuando estaba con sus amigos, de sus hazañas en la cama.

Claro que no sabía que yo me enteraba de todo desde pequeña (y no tan pequeña) porque, como toda niña normal, espiaba a su hermano mayor y a sus amigos cuando estaban en el dormitorio chismorreando. De ahí pude sacar un montón de información que después necesité para chantajes varios.

Yo podía ser una empollona, pero tonta no.

—No —dijo rápidamente, como espantado y carraspeó—. Bueno, imagino que lo harás —*imaginas mal*, pensé—. Pero no es algo que tenga que saber, tampoco soy tan metiche —dudaba de eso, pero bueno.

—Bien... —me mordí los labios para no soltar una carcajada— ¿Entonces qué me estás diciendo? ¿Que me emborrache?

—¿Por qué siempre tergiversas mis palabras? —preguntó con el ceño fruncido.

—Porque no eres claro. ¿Cuál es el sermón de hoy exactamente?

—Que te pasas el día entre tu casa y el trabajo. No sales, Dani y necesitas un poco de vida.

—¿Y tú cómo sabes si salgo o no? —cuando vi cómo puso los ojos en blanco, como si me dijera “¿en serio me estás preguntando eso?”, cerré el pico.

—Como si no te conociera —resopló—. No tienes amigos.

Y porque mi madre lo mantenía al tanto de todo.

—¿Qué sabes tú si yo tengo amigos? —mi ceño fruncido, haciéndome la ofendida—. ¡Mamá! —me quejé, a ese paso no iba a contarle más nada.

—¡Yo no dije nada!

Y una mierda que no. Si no se podía callar, era superior a ella.

—Daniela... —dijo mi hermano con ese tono de voz que usaba cuando me iba a reñir— No me voy a meter en tu vida —*no, ya lo veo*, pensé con ironía—, pero hazme caso. Sal un poco de tanto libro y de tanto trabajo y disfruta algo más, la vida se te va a pasar y después no podrás recuperar el tiempo perdido.

—Pero yo estoy...

—No pierdes nada por intentarlo, ¿no? —me revolvió el pelo, comportándose como si los dos aún fuéramos críos.

—Podría intentarlo... —vi cómo sonreía con satisfacción y sonreí yo también. No pensaba hacerle caso, pero ¿para qué iba a seguir alargando la discusión? Que creyera que sí y ya.

—¿Ves qué fácil? —rio— Así mamá no se preocupará por ti, yo no me preocuparé cuando me llame porque está preocupada por ti y me preocupe yo por ello y todos estaremos más tranquilos.

—¡No mientas, David, yo nunca te llamo para nada!

—¡Mamá! —nos quejamos mi hermano y yo a la vez, como si no la conociéramos.

—Entonces me quedo más tranquilo. ¡Y mamá también!

—¡Yo no...! Pues sí, me deja más tranquila, para qué mentir —dijo asomando la cabeza por la ventana.

Mi hermano y yo nos miramos y resoplamos, no iba a cambiar en la vida.

—Supongo que tenéis razón, intentaré hacerlo —enfaticé para dar por cerrado el tema.

—Lo harás —de repente sonrió, como si se le hubiese ocurrido una idea brillante y la solución a todos los problemas del mundo—. ¿Por qué no llamas a Marcos?

—A Marcos...

Se le había ocurrido la peor idea del mundo, ya os lo digo yo.

¿Qué pintaba Marcos en todo eso?

Marcos era, desde siempre, el mejor amigo de mi hermano. Cuando terminó de estudiar, se fue de la ciudad y comenzó a trabajar fuera. Sabía que los dos mantenían el contacto, pero poco sabía qué había sido de él en los últimos años, solo que tenía un buen trabajo en Barcelona.

—Marcos lleva un año en Londres. Al principio fue para un puesto temporal,

pero al final se quedó allí. A él lo conoces, sois como hermanos, podrías quedar con él de vez en cuando. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Me lo estás proponiendo como si tuviera que hacer de niñera y no necesito ninguna. Sé cuidarme muy bien yo solita.

—Me encanta Marcos —suspiró mi madre, miré para atrás y ahí estaba ella, apoyada en el poyete de la ventana, suspirando como una quinceañera. Lo que yo tenía que aguantar...

Mirarla era como ver mi reflejo en el espejo, solo que en vez de sus ojos chocolate, mi hermano y yo los teníamos verdes, como mi padre.

—Sí necesitas una niñera, eres demasiado ingenua. Además, una cosa es que empieces a salir y que yo te anime a ello...

—Y no es porque yo lo haya obligado... —enfaticó mi madre y preferimos ignorarla.

—Y otra es que yo me fie de cada perverso que hay por la calle. No —negó inmediatamente—. Que aunque tú vayas con cerebritos, ya te digo que el hombre es siempre hombre y...

—Piensa con la polla —terminé de decir su frase cuando él se calló.

—Daniela, por Dios —gimió mi madre, la miré y se estaba persignando.

—Pero qué bruta eres —resopló David y soltó una carcajada—. Sé que si llamas a Marcos, estará ahí para lo que necesites. Y me quedaría tranquilo, te presentaría a buena gente y cuidaría de ti. Le comentaré que lo llamarás. Si es que no sé cómo no se me ocurrió antes.

—David, no...

—Daniela sí, Marcos es un buen chico —intervino la metiche de mi madre.

—No decías lo mismo cuando te lo encontrabas fumando hierba con tu hijo. Ahí bien que decías que era el demonio y una mala influencia —le recordé.

—Eran otros tiempos y yo soy más moderna —levantó la cabeza, en plan orgullosa—. Y la hierba no es tan mala.

—¿Has fumado hierba? —estaba alucinando— No, mejor ni me contestes —resoplé y miré a mi hermano—. De verdad que no...

—Lo llamarás —dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas—. Así me quedaré tranquilo y mamá también. Y tú dejarás de estar encerrada entre cuatro paredes.

—Pero... —me miró con las cejas enarcadas y resoplé— Está bien, lo llamaré —mentí de nuevo.

—¿Ves qué fácil? —preguntó, otra vez, riéndose.

Fácil sería darle una patada en el trasero. O, mejor aún, en las pelotas. Pero si

no accedía, no me iba a dejar en paz.

Así que me levanté, esa vez sí me dejó pasar porque había conseguido lo que se proponía.

Cuando volviera a Londres, llamaría a Marcos. O eso era lo que él creía. Porque si pensaba que yo iba a hacerle caso, es que no me conocía muy bien.

Marcos, el hombre más mujeriego que había conocido en mi vida, más, incluso, que mi hermano. Y mucho más peligroso. Porque derrochaba encanto por donde pasara.

Desde siempre, era un imán para las mujeres. Iban a él como moscas a la miel. Y con su encantadora sonrisa tenía a la mujer que quería.

No, Marcos no estaba en la lista de mis futuros “amigos”. Yo volvería a Londres, a mi trabajo en el hospital y no le iba a hacer ni caso a mi hermano, pero si él se quedaba tranquilo creyéndolo, ¿por qué no darle esa satisfacción?

Marcos y yo no nos volveríamos a ver, al menos por el momento.

O eso pensaba yo...

Capítulo 2



Me levanté esa mañana y resoplé cuando la vi a mi lado. Cogí el móvil y miré el calendario. Conté los días y... En ese momento cuadraba todo.

Iba a hacer un mes que Samantha y yo estábamos saliendo. Es decir, había llegado a mi límite, era momento de terminar todo trato con ella. No había sobrepasado ninguna de las normas, pero si eso no ocurría antes del mes, ya estaba yo mismo para salir huyendo antes de cumplir treinta días con una mujer. Porque tenía comprobado que si no lo decían antes, una vez pasado el mes ya se creían que todo era formal. Era como si se imaginaran con el anillo en el dedo.

Y yo no quería casarme. No aún. Ni tampoco tener nada serio con nadie. Así que era el momento de huir.

Cogí mi ropa y me vestí, pensaba salir de allí lo más rápido posible para evitar darle la cara. No me apetecía en ese momento. Además, toda la que entraba en mi cama, lo hacía sabiendo lo que ocurriría.

Era un capullo, pero no podía evitarlo. Le tenía pavor al “cumplemes”.

—Mark...

Mierda, me había pillado. Cerré los ojos y seguí atándome los cordones.

—Duerme, aún es temprano.

—¿Adónde vas?

—Carlos tiene problemas —mentí. No me gustaba hacerlo, pero en momentos como ese, una mentira piadosa era necesaria.

—Vaya, lo siento... ¿Nos vemos después?

—No lo creo, cuando está mal... Necesita que lo escuchen y ya sabes. Una cerveza, otra...

—Pero pensé que hoy...

Cerré los ojos con fuerza y até los cordones aún con más fuerza. Por favor, que no fuera a decir lo que me estaba imaginando.

—Hace un mes que nos conocemos y pensé que podríamos comer fuera.

—Lo siento, no lo creo —me levanté, porque ya no podía hacerle más nudos a los cordones y la miré. Era guapa, incluso sin maquillaje. También era simpática. Pero... No, acababa de pedir celebrar el mes. Acababa de pedir más que simple sexo sin compromiso, como les pasaba a todas. Y yo no estaba preparado para ello.

—¿Entonces esta noche? —preguntó, esperanzada.

Suspiré, no quería lastimarla, no quería hacerlo con ninguna, y desde el principio les decía que no se imaginaran más, que solo era temporal. Incluso les contaba mi regla del mes, yo iba de cara. Pero es como si todas se creyeran .que conseguirían hacerme cambiar de opinión y al final me hacían mentir por no decirles claramente “Te dije que no pasaríamos del mes”. No me gustaba ser desagradable.

—Hoy no, Samy... Necesito un poco de tiempo.

—¿De tiempo? —preguntó, alucinada.

—Sí, todo va muy rápido y necesito pensar.

—Eres un capullo, Mark —resopló—. La maldita regla del mes, ¿no?

Pues menos mal que se acordaba, porque me sentía mal al tener que buscar excusas.

—Lo siento...

—Déjalo, soy una idiota. Pensé que conmigo era diferente.

Sí, eso mismo solían pensar todas, pero no había nadie con quien fuera diferente.

—Samy...

—Está bien —sonrió con tristeza—. Al menos espero que podamos tomarnos un café de vez en cuando.

—No lo dudes —sonreí. Me acerqué a la cama, me agaché y le di un beso en la frente—. Te deseo lo mejor.

—Y yo que llegue alguien y te haga pasar por lo mismo —me guiñó un ojo y me reí.

Se lo había tomado bien, así que podía irme tranquilo. Otra aventura más que se terminaba.

Salí del edificio y llamé a Carlos, mi jefe y uno de mis mejores amigos.

—Joder, Marcos, ¿qué haces despierto tan temprano un domingo?

—Terminé con Samy.

—Ah... ¿Ya hizo el mes?

—El mes y el pleno —puse los ojos en blanco—. Ya planeaba salir a celebrar nuestro “cumplemes”.

Carlos rio, como siempre solía hacer.

—¿Nos vemos para desayunar donde siempre? —le pregunté. Me apetecía verlo y echar un rato.

—Sí, me levanto y voy. Ahora nos vemos —dijo antes de colgar.

Caminé hasta la cafetería, ya me sentía más libre.

La verdad es que la regla del mes no estaba tan mal.

Capítulo 3



Cuando volví a Londres, me di cuenta de que, en parte, mi hermano tenía razón. Estaba encerrada en casa. Solo salía para ir al trabajo y, en mis días libres, iba sola a dar un paseo por la ciudad.

El único trato que tenía con la gente era mientras trabajaba. Y eso debía de cambiar. Así que lo intenté. Me apunté un par de veces a tomar algo con mis compañeros al terminar el día y fue como un soplo de aire fresco.

Ese sábado habíamos quedado para ir a cenar y a tomar algo después de un duro día de trabajo y me lo estaba pasando muy bien. Estábamos ya en el pub, con nuestras bebidas sin alcohol para la mayoría.

—Voy por otra, ¿alguien quiere algo? —pregunté.

Negaron con la cabeza, así que fui a por algo para mí. Me apoyé en la barra y le pedí un licor al camarero.

—¿Puedo invitarte yo?

Miré al lado, había un chico bastante guapo y con una bonita sonrisa mirándome.

Miré atrás, pero no había nadie. Volví a mirarlo a ti, extrañada.

—Sí, es a ti —rio.

—Ah... —pestañeé varias veces— No hace falta, pero gracias.

—Quiero hacerlo —no borraba la sonrisa de su rostro.

—¿Quieres decir en modo cita? —una no era muy espabilada para esas cosas, la verdad. Y sí bastante directa.

Él rio, se veía divertido.

—Quiero decir en modo “quiero conocerte”.

—Ah... Vale —sonreí.

Me señaló para que me sentara a su lado, en el taburete y lo hice.

—Soy Jack. ¿Cómo te llamas tú, preciosura?

Jug... No sé cómo no puse cara de asco, pero eso de preciosura y ese tono no

me habían gustado nada. Pero como yo era algo tiquismiquis y exigente, iba a dejarlo pasar y a no exagerar las cosas.

—Soy Daniela. Encantada, Jack.

—Daniela... ¿Acento español?

—Sí —sonreí.

—Bien, me gustan las españolas, dicen que son fogosas.

Y esa vez intenté no poner los ojos en blanco, ya estábamos con los clichés de siempre.

—Nos gusta prender fuego, sí —dije con ironía.

—¿Cómo? —preguntó asustado y solté una carcajada. La ironía no era algo que entendieran los extranjeros.

—Estaba bromeando.

—Ah, menos mal —rio—. ¿Entonces a qué te dedicas? Ya que no quemas a la gente —me guiñó un ojo.

—A abrirles el pecho —solté con tranquilidad—. Soy cirujana cardióloga.

—Yo trabajo en la bolsa. Estrés, como tú.

—Debe de ser agotador.

—Y tanto —de nuevo esa sonrisa preciosa, parecía algo tonto, pero me gustaba el chico—. Cuéntame un poco sobre ti.

—Pues nada. Mi profesión lo es todo y hoy fue un día complicado.

—¿Y eso? —bebió un poco y me miró con interés.

—Se murió el paciente en la sala de operaciones —suspiré—. Menos mal que una ya está acostumbrada a ello.

—Claro...

—Intentamos salvarlo, pero sabíamos que era una posibilidad enorme que ocurriera, ya era muy mayor. Así que tuvimos que verlo agonizar —suspiré—. Se pasa mal, pero la experiencia te enseña a sobrellevarlo. El pobre, cómo convulsionaba...

—Perdona... —de repente sacó el móvil del bolsillo y unos segundos después se levantó del taburete— Lo siento, una emergencia familiar. Espero que nos veamos otra vez.

—¿Algo grave?

—No, no —se puso rápidamente el abrigo—. Ha sido un placer.

—Que vaya bien —dije casi para mí misma porque el chico en cuestión ya estaba saliendo del pub.

Me encogí de hombros. El pobre, esperaba que no fuera nada grave.

Me levanté, con mi bebida en la mano y volví con mis compañeros. Sin

imaginarme que ese desastre de noche solo sería el primero de muchas más.

Capítulo 4



—¿Dígame? —pregunté, con una sonrisa en la voz, al coger la llamada de teléfono.

—No te hagas el tonto que sabes bien quién soy, capullo.

Me reí. Hablaba con David todas las semanas. Nuestra amistad no se había perdido por la distancia. Éramos como hermanos y para mí siempre sería mi mejor amigo.

—¿Y estas horas de llamar? —era bastante tarde y, además, sábado— ¿Estás borracho o no has conseguido ligar esta noche?

—Ni una cosa ni la otra, acabo de llegar del trabajo.

—Joder, pues sí que estáis echando horas.

—Más de las que te imaginas, pero había que resolver algunos problemas.

—¿Necesitas ayuda? —él me tenía para lo que fuera y lo sabía.

—No, sabes que te la pediría si fuera así. Ya lo tengo todo bajo control. Pero sí necesito otro tipo de favor.

—Lo que sea, ya lo sabes.

—Necesito que me ayudes con mi hermana.

—¿Con la piojo? —sonreí— ¿Qué es de ella? Además de que terminó su sueño de ser cirujana.

—Pues mira que hemos hablado veces y nunca se me ha ocurrido comentarte que está allí, en Londres. Tiene un buen empleo.

—Me alegro por ella, aunque no es algo que me pille por sorpresa. La empollona tenía que conseguirlo.

—Sigue siendo eso, una empollona —resopló—. Le dije que te llamara, Marcos. Necesita conocer gente y me fio de ti para que estés pendiente.

—¿Me quieres de niñera de tu hermana pequeña? —solté una carcajada— Lo primero es que ella no va a querer, es capaz de darme antes una patada en las pelotas. Y, segundo, joder, tío, que es mayorcita.

—Y tonta —resopló—. Lleva no sé cuánto tiempo allí y no sale a la calle. No tiene vida.

—Pues como siempre, David.

—Ya... Pero me tiene preocupado.

Y se le notaba en la voz.

—¿Qué necesitas exactamente? —pregunté. Tampoco sería muy complicado y, además, por él lo que fuera.

—Le dije que te llamara y tardará en hacerlo porque sabes cómo es —no lo veía, pero sabía que estaba poniendo los ojos en blanco—. Pero lo hará —dijo convencido.

—No sé yo...

—No te pido demasiado. Solo que estés pendiente a ella, que le presentes algunas amigas, poco más. ¿Harías eso por mí?

—Claro que sí.

Era como mi hermano. Y, además, hacía muchos años que no veía a la piojo, tenía curiosidad por ver cómo era la empollona a esas alturas de la vida.

—Gracias, Marcos.

—No deberías preocuparte tanto por ella, no es tonta. Nunca lo fue.

—No es que yo solo me preocupe. Es que mi madre me pone la cabeza como un bombo. Y, para qué mentir, me gustaría verla viviendo un poco. Es una adicta al trabajo.

—Es sábado por la noche y acabas de salir —elevé mis cejas—. No la controles tanto y no la critiques porque eres igual —reí.

—Capullo... ¿Quedarás con ella cuando te llame?

—Cuidaré de ella, no tienes que preocuparte por nada.

—Gracias, hermano.

—De nada.

—Ah, ¿y Marcos?

—Dime.

—Mantén tus manos alejadas de ella. Porque te las puedo cortar —dijo amenazadoramente.

—Joder, hablamos de la piojo, es como mi hermana —resoplé.

—Sí, sí... Tú mantente lejos y ya. Y mantén lejos a cualquier capullo.

—Tranquilo que lo haré.

Me despedí de David y volví a la cama con la preciosa mujer que tenía en ella. Se llamaba Kate y era la primera noche que pasábamos juntos. Empezaba la cuenta atrás, todo acabaría cuando lleváramos un mes.

Lo sabía, como lo sabían todas. Pero estaba seguro de que tampoco lo entendería y creería ser especial y romper las reglas.

Suspiré mientras me acosté a su lado. Todas actuaban igual. Y yo estaba empezando a agobiarme un poco. Cada vez me llenaba menos el tener a una mujer en mi cama porque ninguna era capaz de despertar en mí algo que no fuera amistad y deseo sexual.

Y aunque no buscaba nada serio, tampoco quería seguir con ese estilo de vida.

—¿Todo bien? —ronroneó acurrucándose contra mí.

—Sí —su mano en mi entrepierna, poniéndomela dura.

Suspiré, era hora de tener sexo. Rezaba porque esa vez no me sintiera tan vacío al terminar.

Capítulo 5



Un tiempo después, ya no tenía tan claro que Marcos y yo no nos volveríamos a ver.

Había pasado ya un mes desde que volví a Londres y no le había cogido las llamadas a mi hermano. ¿Para qué? Sabía de más lo que me iba a decir. Y aunque no dejaba de mandarme mensajes amenazándome con venir a verme y llevarme de los pelos para ver a Marcos, sabía que no podía cogerse ningún día libre por su trabajo. Así que pasé de él.

Hasta ese momento.

Porque el problema era que iba a tener que hacerle caso sí o sí; las cosas no habían salido precisamente bien.

Desde que había vuelto a la ciudad, intenté socializar más con la gente, sobre todo con mis compañeros. Y lo conseguí. Había hecho algunos amigos y nos habíamos tomado un par de copas alguna que otra noche por ahí, pero...

Algo raro ocurría.

Los hombres me huían como si tuviera la peste. Y no es que yo estuviera buscando una relación, ni siquiera una noche de sexo. Pero si estaba en un pub y me entraba un chico, me invitaba a algo y nos sentábamos a la barra como la noche anterior y de un momento a otro, cuando yo volvía del baño, el chico en cuestión había pagado la cuenta y se había ido... Pues me estaba preocupando un poco el tema, para qué negarlo.

Así que estuve todo el día dándole vueltas a la cabeza y lo único que se me ocurrió fue tomar el consejo de mi hermano y llamar a Marcos. Pero no por las razones que él esperaba, claro está.

Lo mío ya era algo más serio.

Necesitaba la ayuda de Marcos, como hombre, no como amigo ni como niñera. Porque yo debía de estar haciendo algo mal.

Cuando llegué esa noche a casa, tras una guardia bastante ajetreada, con el

móvil en la mano, me puse a dar vueltas por el salón. Lo que se me había ocurrido no era muy normal, pero bueno, yo tampoco lo había sido nunca, así que...

Había pensado mucho, pero la idea que se me había venido a la cabeza era la mejor. Y no tenía ni idea de cómo se me había ocurrido algo así, lo único que tenía claro era que necesitaba la ayuda de ese hombre, era el único que podría acceder a mi propuesta.

Ni se te ocurra hacerlo, Dani... Por Dios, qué vergüenza.

Eso era lo que me repetía una y otra vez mi mente, pero... Yo sabía que a la única persona a la que le podía pedir algo así sería a Marcos.

Pues no sé yo, porque te ve como a una hermana...

Precisamente por eso, porque jamás se fijaría en mí era lo que lo convertía en el candidato adecuado para convertirse en el hombre que me enseñara cómo ligar con otros hombres.

Cuanto más lo pensaba, más me convencía la idea, a la vez que más me asustaba.

Tenía que dejar de darle vueltas a la cabeza. Así que dejando todos los pensamientos a un lado, pulsé la tecla de llamada.

Y que la suerte me acompañase.

—Yes? —preguntó con voz adormilada. Joder, ¿lo había despertado?

—Eh... Hola... ¿Marcos?

—Sí... ¿Quién eres? —y no estaba de muy buen humor, no. O eso o se había vuelto un estúpido con los años, que también podía ser. Demasiado encantador había sido toda la vida.

—Esto... —por mí podía mandarme a la mierda, pero yo ya había llamado y lo tenía que intentar— Soy Daniela —nada, silencio, conocería él a tantas que ni idea de cuál de ellas era yo...— La hermana de David. ¿Te acuerdas de mí?

—Piojo, incluso a las cuatro de la mañana me acuerdo de ti —dijo con una sonrisa en la voz.

¿Las qué?

Retiré el móvil de la oreja y miré la hora. Gemí y quise que la tierra me tragase, ¿pero qué loca podía llamar a una hora así? ¿Pasaría algo si le colgaba el teléfono y ya? A lo mejor pensaría que estaba soñando...

—¿Piojo? ¿Sigues ahí?

Vale, iba a ser que no.

—Sí... Lo siento, Marcos, ni cuenta me di de la hora.

Yo había llegado a casa tarde y joder, ¿tanto tiempo había estado pensando

hasta que lo llamé que ni me había fijado en la hora que era?

Se me solía ir la cabeza, pero no tanto.

—Veo que tu hermano tenía razón de que estás tan metida en tu mundo que te olvidas de la realidad —rio.

Puse los ojos en blanco, mi hermano, como siempre, hablando bien de mí.

—¿Mi hermano te llamó? —pregunta estúpida, claro que lo hizo.

—Sí y a una hora tampoco muy normal —rio—. Debe de ser cosas de los genes.

—De verdad que lo siento —estaba roja como la grana—. Duerme, ya hablamos en otro momento.

—Como me digas un lo siento más, sí que me vas a poner de mal humor —dijo muy serio—. Estaba esperando tu llamada. Dime qué pasa. ¿Estás bien? ¿Te ocurre algo? Ahora no me dejes preocupado.

—Nada grave, de verdad.

—Joder, Dani, escúpelo ya —estaba perdiendo la paciencia. Normal... Si es que conmigo era para perderla.

—Tengo un problema y necesito tu ayuda.

—¿Es grave? —preguntó preocupado —Porque si es así... ¿Dónde estás?

—¡No! —dije rápidamente —No es grave. Bueno, un poco sí, pero no para solucionarlo ahora.

—¿Segura?

—Te lo prometo.

—Dani... De verdad que si tengo que salir a buscarte, solo dime.

—De verdad que no —sonreí, aun muriéndome de la vergüenza—. Podemos hablarlo en otro momento, ahora descansa.

—Está bien. ¿Te parece bien si nos vemos mañana por la tarde?

—Perfecto, tengo el día libre.

—Bien... Pues te mando un mensaje con la hora y el lugar.

—Vale. Y Marcos...

—¿Sí?

—Lo siento —torcí el gesto.

—Lo primero que haré será darte dos galletas —resopló, pero terminó riendo—. ¡Y vete a dormir!

—Buenas noches —sonreí antes de colgar.

Me dejé caer en el sofá y suspiré. Yo, de verdad, que no estaba bien de la cabeza. Primero por la hora en que lo había llamado. Y segundo, porque ¿cómo se me había ocurrido a mí pensar que podía hacerle ese tipo de proposición? Me

iba a mandar a la mierda sin detenerse a pestañear.

Estaba loca, mucho abrir cuerpos en la sala de operaciones y de estudiar todo lo que me pusieran por delante para después no ser capaz de usar la cabeza cuando realmente la necesitaba.

Me tumbé en el sofá y me acomodé mientras pensaba en qué le diría al verlo. ¿Sería, de verdad, capaz de proponerle algo así?

Iba a poner al pobre en un compromiso, eso si no salía corriendo y llamaba a mi hermano para contarle que deberían de ingresarme en un psiquiátrico.

No podría explicar por qué, pero estaba segura de que unas cuantas clases con Marcos y las cosas me irían mejor. Sabía que él era el indicado para ayudarme a mejorar mis habilidades sociales. Tampoco era tan descabellada la idea, ¿no?

Cuando una necesitaba ayuda, la pedía. Y tampoco es que quisiera terminar en la cama con él, yo no veía a Marcos de ese modo.

Lo nuestro sería, simple y llanamente, teoría.

Capítulo 6



Estaba sentado a la barra mirando hacia la puerta del pub donde había quedado con Daniela.

Hacía varios años que no la veía, pero supondría que la reconocería fácilmente. Y así fue...

Una chica con un gorro de lana entró en el pub, miró alrededor, se quitó el gorro y los guantes con toda la tranquilidad del mundo mientras seguía barriendo el lugar con la mirada.

Y joder, ¿esa era ella?

Sin duda lo era... Sus ojos se encontraron con los míos y sonrió. Ahí se me paró el corazón.

Ella es cardióloga, así que no tendrá problema ninguno en reanimarte, pensé.

Dudó un poco, pero salí de mi estupor y le hice un gesto de saludo con la mano, se acercó a mí y me levanté del taburete.

—Marcos —sonrió.

No iba a poder reanimarme porque no iba a salir de esa. Dios mío, no me podía imaginar que ese piojo desgarrado y empollón podía convertirse en la mujer más espectacular que había visto en mi vida. Y no es que fuera exactamente eso, pero a mí me había dejado totalmente atontado.

—¿Piojo? —vale, no era la mejor manera de saludarla, pero es que mi mente se había quedado en blanco.

—¿Vas a llamarme siempre así? —levantó las cejas, levantando la cabeza también en ese gesto orgulloso que yo conocía bastante bien.

Podía llamarla de muchas maneras si en ese momento estuviera en mi cama, pensé.

Negué con la cabeza, como respuesta a su pregunta e intentando hacer desaparecer ese tipo de pensamientos de mi mente.

—Joder, Dani, sí que has cambiado —estaba más que asombrado.

—Espero que sí —rio, se retorció un poco las manos y carraspeó.

¿Y yo qué hacía? ¿Le daba dos besos? ¿La abrazaba? ¿Nada?

—Lo siento —le señalé el taburete que tenía a mi lado reservado para ella.

Dejó el gorro y los guantes en la barra y se desabrochó la gabardina. Ahí me iba a dar otro infarto—. ¿Qué quieres tomar? —*vamos, Marcos, pensé, la conoces de toda la vida y eres un ligón de primera, a ver si ahora te va a dejar sin palabras solo porque esté buena.*

El problema no era solo que estaba buena, es que estaba guapísima y que...

—¿Me estás mirando las tetas?

Levanté la mirada. Mierda.

—Es que no... —carraspeé— Joder, Daniela, es que no me esperaba... ¿Son de verdad? —no pude evitar preguntarlo.

Ella soltó una carcajada.

—Yo opero a la gente, pero aún no entré en el quirófano para mí —dijo auriendo.

—Pues no te recordaba tan... Tan...

—Hace muchos años que no nos vemos —se encogió de hombros y lo que más me asombraba es que aunque estaba roja y yo sabía que se sentía un poco avergonzada, ella no se cortaba —. Tú no has cambiado demasiado —dijo dándome un repaso de arriba abajo y mi polla iba a reaccionar a ello—. Supongo que las sigues volviendo a todas locas.

—No te creas los rumores, menos aún si vienen de parte de tu hermano —carraspeé—. ¿Qué quieres tomar?

—Algo sin alcohol.

Enarqué las cejas, no empezábamos bien.

—¿Estás de guardia?

—No —dijo rápidamente.

—Entonces rompamos las reglas hoy.

—El alcohol se me sube demasiado rápido —hizo una mueca.

—Estás conmigo, te controlaré —le guiñé un ojo.

—No sé si eso me hace sentir más tranquila —bromeó—. Lo mismo que tú entonces.

Le pedí lo mismo al camarero, quien no tardó en ponérselo y me reí cuando le dio el primer sorbo al whisky seco.

—Joder —dijo tosiendo.

—Te acostumbrarás —reí—. Llevo tiempo esperando a que me llames, me

dijo tu hermano que lo harías.

—Bueno, no iba a hacerlo, no quería molestarte.

—Por eso, cuando lo haces, es a las cuatro de la mañana —solté una carcajada al ver su cara de culpabilidad.

—Lo si...

—No digas eso, no me gusta, ya te lo dije. Y me alegra que por fin te decidieras a llamarme, tenía ganas de saber de ti.

—No sé yo si vas a pensar lo mismo cuando te pida el favor —susurró y yo me quedé mirándola fijamente. Estaba claro que había sido un pensamiento que no pretendía decir en voz alta, pero que se le escapó.

—Cuéntame, ¿cómo acabaste aquí? —quería que se relajara aunque me comía la curiosidad por lo que quería pedirme.

—Una buena oferta de trabajo. Y aún en contra de mi madre y de mi hermano, la acepté.

—Como siempre entonces —reí.

—Ya sabes que no soy de hacerles mucho caso —bromeó—. ¿Y tú? La última vez que supe de ti estabas en Barcelona.

—Cuando terminé de estudiar, dejé Madrid y estuve bastante tiempo en Barcelona. Pero una oferta temporal aquí y al final me quedé. En principio venía solo como apoyo para la nueva sede y ya ves —se encogió de hombros.

—¿Te quedarás entonces?

—Sí, soy el responsable de la contabilidad de la empresa —le guiñé un ojo—. Y esta ciudad me gusta. Aunque siempre echo de menos aquello.

—A mí me pasa igual —bebió otro poco y esa vez no tosió.

—¿Ves? Podrás con ello —reí.

—Ya cumplí con una de las cosas que quería mi hermano, que me emborrachara.

—¿Tu hermano quería eso? —eso sí que no me lo podía creer, con lo controlador que era con ella desde pequeño, aunque intentara enmascararlo.

—Parece ser... —afirmó con la cabeza.

—¿Y qué más cosas quería?

Se me quedó mirando unos segundos y yo solo pude observar cómo se mordía ese labio y desear ser yo quien lo mordiera. Dios, se me había puesto dura. ¿Pero qué demonios me pasaba? Era Daniela, se me podía levantar con cualquiera menos con ella.

“Mantén tus manos alejadas de ella.”

La orden de mi amigo era clara y ahora entendía por qué había podido

imaginar que pudiera interesarme por su querida hermana. El capullo me había advertido y ni cuenta me había dado.

Las manos las mantendría lejos, el pensamiento era otra cosa.

Bebió un poco más y me miró con los ojos chispeantes.

—Que follara.

En ese momento era yo el que estaba bebiendo por hacer algo y no estar observándola fijamente y fui yo quien se puso a toser hasta el punto de ponerme morado.

—Marcos... ¿Estás bien?

Se levantó, se puso a mi lado y empezó a golpearme en la espalda. Sus pechos rozando mi brazo... Eso no me estaba ayudando demasiado.

Logré parar y coger aire.

—Estoy bien —dije con la voz estrangulada—. Tranquila.

Ella volvió a su sitio y me miró con el ceño fruncido, otra de esas expresiones que yo conocía bastante bien.

—¿Prefieres un poco de agua?

—No —dije rápidamente. Le hice señas al camarero para que me pusiera lo mismo, porque me daba a mí que lo iba a necesitar—. ¿Tu hermano te ha pedido que folles?

Si hubiera sido inteligente, habría cambiado el tema, pero no, yo de listo tenía poco al parecer. O eso o quería que se me pusieran morados porque fue oír cómo pronunciaba esa palabra y me iba a reventar. Intenté colocarme de forma que no notase nada.

—En realidad no fue tan directo, pero creo que es lo que quiso decir cuando me dijo que estaba desaprovechando mi vida y que, con mi edad, él ya se había tirado a media ciudad —frunció el ceño.

—No creo que quisiera decir exactamente eso —tenía que darle una patada en la boca a David por bocazas, joder, ¿a qué mierda la estaba animando?

¿Y a ti qué te importa?, me pregunté a mí mismo.

Mi amigo era idiota y un bocazas.

—Lo que sea —ella se encogió de hombros—. Lo que sí me dejó claro es que te llamara si necesitaba algo y aunque me ha costado... Porque te aseguro que me ha costado mucho —dijo acercándose a mí más de la cuenta—, he tenido que hacerle caso al final —suspiró. Estaba claro que no le hacía gracia hacer algo de lo que quisiera su hermano. Como siempre.

Y a ese paso no me iba a hacer ninguna gracia a mí, tenía la sensación de que no me iba a gustar nada lo que me iba a pedir.

—Tu hermano me pidió que te ayudara y lo haré. Así que lo que necesites... Estoy aquí. Además, ya me comentó que quiere que salgas un poco, no hay problema por eso, te presentaré a mis amigos, te gustarán y así le cerraremos el pico —le guiñé un ojo.

—Gracias —sonrió—. Eso me vendría muy bien, con la única gente que salgo alguna vez son mis compañeros de trabajo y al final terminamos hablando de lo mismo —suspiró—. No me gusta darle la razón a David, pero creo que esta vez la tiene, necesito un poco de aire fresco.

—Eso está hecho —sonreí.

Bueno, no había sido tan difícil. Ahora solo tenía que conseguir que mi erección bajara y que eso no volviera a levantarse la próxima vez que la viera. Era una reacción por la sorpresa, nada más.

—Pero es que necesito otra cosa. Y sí es un favor de verdad.

—Ah... —bebí, por su tono... Era el mismo que usaba desde pequeña cuando quería algo que no debía. El mismo que usaba su hermano cuando iba a pedirme algo que tampoco debía. Es decir, el tono que yo llamaba “vamos a tener más de un problema.”

—Y mi hermano no puede saber nada de esto.

Lo que iba a empeorar la cosa. Me estaba dando miedo hasta preguntar. Porque lo que menos quería era un problema con su hermano, que ya tenía experiencia en lo que dolía cuando estampaba su puño en mi cara.

—Lo que necesites, piojo —le guiñé un ojo.

—¿Estás seguro? —se retorció las manos, nerviosa. Me estaba recordando a esa vez que me pidió...

—Segurísimo —mentí.

—Está bien —se bebió lo que le quedaba de una sentada, sin toser y me miró fijamente a los ojos.

Yo me quedé observándola, esperando a que soltara a saber qué. Cogió aire, llenó sus pulmones, lo que hizo que sus pechos aumentaran más de tamaño y...

—Necesito que me enseñes a cómo ligar con un hombre.

Me quedé impasible. Gracias a Dios, conseguí no pestañear siquiera, estaba curado de espanto con los miembros de esa familia. Solo la miraba. Estaba nerviosa y era realmente preciosa. ¿Cómo había podido cambiar tanto?

Unos ojos verdes impresionantes, su media melena morena, una pequeña y coqueta nariz y unos labios para besar durante horas.

—Marcos... —me llamó, dubitativa.

¿Esa mujer me estaba pidiendo que yo la ayudara a ligar con otros hombres?

¿Pero ella se miraba a un espejo alguna vez? Tenía que estar quedándose conmigo...

Y joder, ¿otros?

—Me estás hablando en serio —dije tras observar su cara de nerviosismo un poco más.

—Sí —o dejaba de morderse ese labio o íbamos a tener un problema. Bueno, lo tendría yo con mis partes bajas mejor dicho.

—No creo que yo pueda ayudarte en eso —negué con la cabeza.

—Oh... Pero tú eres hombre y eres un ligón de primera y...

—Precisamente porque soy hombre y te veo, Dani... No creo que tenga nada que enseñarte. ¿De dónde demonios sacas que tú puedes tener problemas para ligar? —estaba alucinando.

—Porque los tengo —dijo muy seria.

Cada vez me estaba recordando más ese momento a ese día en que...

—Esto es como cuando me pediste que te besara —reí y negué con la cabeza.

—¿Qué yo qué? —abrió los ojos de par en par.

—Eras una cría, me pediste que te enseñara a besar y tuve que decirte que no.

—No me acuerdo de eso —dijo roja como un tomate—. Pero ya no soy una cría y no quiero que me enseñes a nada práctico. Quiero decir, que lo que necesito de ti es teoría, no te asustes —habló atropelladamente—. Porque de verdad que lo mío es un problema.

—Teoría para que te enseñe a cómo ligar con los hombres —repetí, por si no me había quedado claro aún.

—Sí. Nadie mejor que tú para eso. Somos como hermanos y no sé, no puedo pedirle ayuda a nadie más. Tú eres el más experimentado y con quien puedo tener más confianza.

La vida se estaba riendo de mí, lo tenía claro.

Yo tenía una mente enferma porque para nada la estaba viendo como a una hermana, sino en mi cama y ella...

—A ver si yo me centro... —carraspeé— Según tú no sabes cómo tratar con los de mi sexo y crees que yo puedo guiarte en eso.

—Eso es —sonrió ampliamente—. No podrías haberlo explicado mejor.

—Se te va la cabeza —solté una carcajada—. Y tu hermano me matará.

—Vamos, Marcos, de verdad que lo necesito.

—No necesitas nada, Dani. Eres guapa, tienes un cuerpazo, eres divertida y

simpática. No sé en qué puedo ayudarte yo.

Ella negó con la cabeza, como si para ella mis palabras fueran un cumplido o no se las creyera.

—Pues algo haré mal porque los hombres me huyen.

Lo dijo tan seria que no pude evitar soltar otra carcajada.

—Porque estás loca, no por otra cosa.

—¿Crees que es por eso?

La observé y me quedé alucinado al ver que de verdad le preocupaba el tema.

—A ver, explícame qué problema crees tener exactamente. Porque te juro que necesito entenderlo.

—Es que yo tampoco lo sé —suspiró—. He estado saliendo con mis compañeros y un par de veces se me han acercado chicos... Y te juro que no es que yo busque nada, ni siquiera sexo de una noche, pero me he preocupado cuando han salido corriendo —suspiró de nuevo.

—Piojo... —me acerqué un poco a ella— Hay varios tíos aquí comiéndote con los ojos, así que no me jodas porque no tienes ningún problema. Al menos no a la vista. Lo que estás es mal de la cabeza.

—Pues por eso necesito tu ayuda.

—O un psiquiatra —reí.

—Marcos... —resopló.

—Lo siento, solo bromeaba —le guiñé un ojo—. A ver, ¿quieres contarme cómo fueron esas citas para ver si sacamos algo en claro?

—Vale...

—Bien... —levanté la mano para que el camarero me cobrara— Vamos a comer algo, me muero de hambre y necesitamos un sitio más tranquilo donde conversar —ella intentó pagar, pero ni en broma iba a dejarla— Invitas a la próxima —dije para que se callara—. Después de ti —le señalé el camino cuando se colocó la gabardina, los guantes y el gorro y yo me puse el abrigo, aliviado de poder tapar mi erección. Caminé tras ella.

Había media docena de tíos comiéndosela con los ojos y ella ni cuenta se daba. ¿Pero en qué mundo vivía?

Negué con la cabeza, ella estaba como una cabra y yo aún peor por el simple hecho de escucharla y no decirle “No” y punto.

Caminamos hasta un restaurante que conocía bien y donde sabía que podríamos tener más intimidad y podríamos hablar más a gusto.

Y donde yo podría sentarme y que la mesa tapara a mi amiga si le daba por

levantarse de nuevo. Tampoco hacía tanto que no le daba uso como para una reacción como esa.

Daniela exageraba un poco, tampoco era ese ligón que creía. Pero era cierto que nunca había faltado nadie en mi cama. Aunque desde hacía como una semana, las cosas entre mi “amante” y yo no funcionaban bien. Estaba un poco cansado de siempre lo mismo. Una amante nueva cada x semanas porque me aburría de todas y adiós antes del “cumplemes”.

Si el adiós no llegaba antes cuando les daba por decirme que querían más o que se habían enamorado. Ahí salía huyendo. Yo no era tan exagerado como David de una cada día si podía. A mí podían durarme algo más. Pero un mes a lo sumo, no más.

Y con esta última, ni a eso habíamos llegado. De las dos semanas que llevábamos, ya hacía una en la que me sentía hastiado, así que había buscado pretextos para no verla más.

Aunque ella, seguramente, seguiría insistiendo.

Tal vez yo ya no quería eso, pero tampoco es que quisiera algo más, no estaba preparado para una relación más seria. Porque ninguna mujer me había interesado como para planteármelo, todas terminaban aburriéndome de una manera o de otra.

Yo era quien tenía un problema, no la guapísima mujer que se había sentado frente a mí en el restaurante.

—Pues sí que tenías hambre —rio cuando la comida llegó y comencé a devorarla.

—Hoy no tuve tiempo ni para almorzar —resoplé—. Pero vayamos a lo que nos interesa, cuéntame qué ocurrió en esas citas para que creas tener un problema.

—Citas, citas... No eran precisamente eso —enarqué las cejas—. Yo solo salía con mis compañeros y algún chico me invitó a algo.

—Podemos seguir llamándolo citas.

—Vale... Es que no sé qué pasa, Marcos. Me siento con ellos, tomamos algo y a ver cómo te explico... O de repente se inventaban una excusa para irse corriendo o el último, cuando volví del baño ya había pagado la cuenta y se había marchado —se encogió de hombros, con el ceño fruncido—. Es raro.

—Pues sí... —porque un hombre no perdería la oportunidad de llevársela a la cama.

Como yo tampoco querría hacerlo, pensé y me maldije a mí mismo por ello.

—¿Ves? Tengo algún problema. Y de verdad que no estaba buscando nada,

pero si se me acercan... Pues ¿por qué no?

Porque no y punto, no deberías hacer nada con nadie, pensé, pero no lo dije.

—Claro... —dije en su lugar— A ver, imagina que soy una de tus citas, ¿de qué hablarías conmigo?

—No puedo imaginar eso —negó rápidamente.

—¿Por qué no?

—Bueno... Eres Marcos —dijo como si esa respuesta lo dijera todo.

—Lo soy desde que nací —reí.

—Me refiero a que eres el mejor amigo de mi hermano y yo... Tampoco soy una mujer en la que te fijarías, así que es complicado que me ponga en ese papel. Qué equivocada estaba... Me había fijado en ella y más de la cuenta.

—Dejemos a tu hermano fuera, tú y yo también somos ahora amigos. ¿De qué hablaríamos? ¿O de qué hablaste con el último chico?

—De cómo me fue la operación, con todo detalle —hizo una mueca con los labios y yo solté una carcajada.

—Sí que tienes un problema entonces —dije entre risas.

—¿Por qué? Es mi trabajo, ¿no puedo hablar de ello?

—Claro que puedes. Pero no para algo de una noche, piojo.

Suspiró, dejó caer los hombros y me miró con cara de cachorro degollado. Nunca había funcionado que me mirara así, pero me daba la impresión de que eso iba a cambiar. Porque no quería verla triste, quería ver, en su cara, la sonrisa que me dejaba atontado.

—Te dije que tenía un problema... ¿Me ayudarás? —puso un puchero.

Suspiré, me iba a meter en algo de lo que estaba seguro me iba a arrepentir. Pero ella era intocable para mí. Era la hermana de mi mejor amigo, mi amiga también y prometí a David que la ayudaría. Aunque si se enteraba a qué la estaba ayudando exactamente, no solo me iba a costar sudores por estar cerca de ella y ser intocable, sino que él me mataría cuando se enterase.

—Lo intentaré —pero no estaba muy convencido.

—Gracias —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Entonces ponemos en marcha el plan.

—¿Qué plan?

—Lo vamos a llamar “Operación ligue” —muy seria y yo muriéndome de la risa—. Y ya tengo todo pensado.

Cómo no, no esperaba menos de ella.

—Me da a mí que no me va a gustar el plan, ¿verdad? —suspiré entre risas.

—Qué va, tampoco es para tanto.

Quizás para ella no, pero no sabía por qué tenía la sensación de que todo mi mundo iba a cambiar desde ese momento.

Capítulo 7



Había llegado el momento de poner en práctica la “Operación ligue”. Y estaba nerviosa por ello.

Mis compañeros y yo volvimos a salir a tomar algo y avisé a Marcos. Como ya habíamos planeado, él estaría en el mismo lugar, sentado en la barra, algo alejado de mí y esperaríamos a si alguien se me acercaba para que él pudiera estar en una de mis “citas improvisadas”.

Acercarme se me acercó un chico cuando fui a la barra y pedí algo. Yo estaba al lado de Marcos, pero disimulando, como si no lo conociera.

—¿Puedo invitarte a algo? —preguntó el chico en cuestión.

Era guapísimo y se veía simpático, así que sonreí y afirmé con la cabeza. Tomé asiento en el taburete que tenía a su lado, quedando entre Marcos y mi ligue. La cosa iba a ser un poco extraña, pero tenía que hacerlo. Era la única manera de que Marcos pudiera ayudarme a entender por qué todos salían huyendo.

—¿Por qué no? —pregunté a mi vez, simpática— Un whisky, por favor.

Marcos tosió y yo lo ignoré. El chico pidió la bebida para ambos y el camarero nos la sirvió.

—Me llamo Carlo. ¿Tú?

—Soy Daniela —sonreí. Era un chico mono, un poco mayor que yo.

—Acento español adivino...

—Sí.

—¿Y qué haces en Londres?

—Trabajo. Soy cirujana cardióloga.

—Wow. Interesante profesión. Yo trabajo en un supermercado, como reponedor.

—Pero tampoco eres inglés.

—No, italiano —me guiñó un ojo, más interesante aún—. Llegué hace un

par de meses y espero poder quedarme más tiempo.

—Verás como sí —le di un sorbo al whisky y maldita mi suerte, tosí un poco. La risita de Marcos por detrás... Iba a girarme y a estamparle el puño en la cara. Así no podía concentrarme en mi “cita”.

—¿Estás bien? ¿Te duele la mano?

Ni cuenta me había dado de que estaba abriendo y cerrando el puño mientras pensaba en golpear a mi amigo.

—Sí, es por el cansancio, fue un día complicado.

—Debe de ser duro, lo imagino.

—No sabes cuánto —suspiré—. Abrir un pecho ya es un esfuerzo, el tener que separar las costillas y todo eso. Menos mal que era alguien mayor y ayuda, pero... Ya que no tengo tiempo de ir al gimnasio, al menos hago ejercicio mientras trabajo —reí.

Pero él no se rio, él se quedó serio, carraspeó y miró para todos lados.

Otro que iba a salir huyendo.

Y así fue, un par de minutos después, el italiano cogió el móvil y dijo que tenía que marcharse urgentemente, no se puso ni el abrigo antes de salir del local.

Suspiré, frustrada, me giré en el taburete y miré a Marcos.

—¿Ves? —resoplé.

Él me miró unos segundos antes de soltar una sonora carcajada. Lo dejé reír hasta que se relajó, si llega a tardar un poco más, me iba a poner de mal humor y al final se comía mi puño.

—Joder, piojo, lo tuyo no es normal.

—Pero ¿qué hice? Si no nos dio tiempo a nada.

—A ver... Te ha preguntado por tu profesión, le has dicho que eres cirujana cardióloga, te ha dicho que es muy interesante y te has puesto a contarle cómo le has abierto el pecho a un anciano hoy y lo que te costó separarle las costillas —rio y negó con la cabeza—. Normal que salgan huyendo, das miedo.

—Es que no sé de qué cosas hablar. Hablo de lo que me gusta —suspiré.

—Pues si ese es tu único tema de conversación, como no liganes con otro cirujano... —él se divertía, a mí no me hacía ninguna gracia el tema.

—Tengo mucho que aprender, ¿no? —me mordí el labio.

—Bastante —rio de nuevo—. Pero con un par de consejos, lo lograrás.

—¿Entonces me vas a ayudar?

—¿No lo estoy haciendo ya? —enarcó las cejas.

Me levanté del taburete, emocionada y lo abracé. Le di un beso en la mejilla

y me separé de él, demasiado cerca estaba...

—Gracias —dije avergonzada.

—De nada —carraspeó.

Cogí y saqué una libreta y un bolígrafo de mi bolso. Estaba lista para la teoría.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Tomar notas.

Marcos puso los ojos en blanco, me quitó las cosas de las manos y volvió a meterlas en el bolso.

—No tienes nada que apuntar, piojo, solo tienes que ser menos... Menos médica en esos momentos.

—¿Menos médica?

—Sí... Con que digas a qué te dedicas es suficiente, te interesas por él y llevas el tema a algo banal, nada más.

—¿Así de fácil? —no me lo podía creer.

—Si lo que quieres es un polvo de una noche, sí. Si la relación ya es más seria, ya os iréis conociendo.

—Ah... Pues podías habérmelo dicho antes.

—Me he divertido viéndote en acción —rio.

—Capullo —me quejé—. He sido patética, ¿no?

—No —dijo muy serio—. Has sido tú y eso es lo que debes de ser siempre. Y si alguien no se queda, es que no debe de quedarse.

—Me estás diciendo que tengo que cambiar y después me dices que debo de ser yo —suspiré—. ¿En qué quedamos, Marcos?

—Me has pedido que te enseñe a ligar —se encogió de hombros—. Lo haré. Por eso te dije cómo espera un hombre que te comportes. Otra cosa es lo que yo piense.

—¿Y tú piensas que no debo de cambiar?

—Lo que yo piense no importa, piojo, es lo que tú necesitas —llamó al camarero y pidió algo para los dos—. ¿Qué te parece si por hoy nos olvidamos de las reglas y tenemos una cita nosotros? Como amigos —me guiñó un ojo.

—¿En la que pueda ser yo? —le saqué la lengua.

—En la que espero que seas tú, sí —me miró fijamente y me puso algo nerviosa.

Realmente siempre me ponía nerviosa, tenía una mirada muy intensa, como si pudiera desnudarme con ella y ver mis más oscuros pensamientos.

—A veces pienso que todo esto es una tontería —suspiré—. No sé para qué

me empeño en esto, ya es como un reto, ¿sabes? Pero yo no estoy buscando nada, no quiero una relación, no confío en los hombres.

—¿Por qué no?

—Porque todos van a lo mismo —puse los ojos en blanco—. Y teniéndooos como referentes a mi hermano y a ti... Me habéis traumatado de por vida.

—Qué buena percepción tienes de mí —rio.

—¿Me equivoco? Las mujeres os duran pocos, os aburrís de ellas.

—No, no te equivocas —suspiró—. Al menos no conmigo.

—¿Estás con alguien ahora?

—Sí y no... Llegué al punto en el que empiezo a aburrirme de nuevo. Y no hemos llegado al fatídico “cumplemes”.

—¿Qué es eso del “cumplemes”?

—Mi regla en las “relaciones”. Sexo sin compromiso y nunca más de un mes.

—¿Y por qué no?

—Porque me aburro —se encogió de hombros—. Me acabo cansando de todas. Y si eso no ocurre y a lo mejor puede que podamos estar un poco más, ellas terminan cagándola.

—¿Cómo?

—Pidiendo más —resopló—. Por más que les explique las reglas, es como si pensarán que pueden redimirme o algo así. Siempre quieren más.

—Y ahí huyes.

—Sí.

—Si no te aburres antes.

—Lo entendiste rápido.

—¿Y cuánto llevas con esta?

—Ni dos semanas. En realidad una, pero me cansé pronto —lo contaba como si no tuviera importancia, pero sabía que en el fondo le preocupaba el tema.

—¿Y qué es lo que te llega a cansar? ¿Follar?

Marcos me miró sorprendido y soltó una carcajada.

—Joder, piojo, ¿cómo puedes ser tan bruta?

—Es que en realidad suena bien —le guiñé un ojo y me acerqué a él—. Follar —susurré, mirándolo fijamente. Y se quedó tan serio que fui yo quien soltó una carcajada—. Dime, ¿qué es lo que te cansa?

—El sexo. Al final llega a aburrirme, me siento vacío. Necesito algo más. Y nadie me llena. En realidad nadie podría, si ni yo mismo sé lo que busco.

—¿Sabes? No eres el único que tiene problemas en eso. Llegados a ese

punto, creo que también tendría uno —resoplé.

—¿Con las relaciones? —negué con la cabeza— ¿Follando? —rio.

—Pues sí. Si soy inexperta en la teoría... Imagina en la práctica —resoplé.

—No me tienes por qué contar todo.

—Somos amigos —me encogí de hombros—. Ya sea porque te ves en la obligación de ayudarme por quién soy o por lo que sea, aún no has salido huyendo. Disfruto siendo libre contigo —dije con sinceridad.

Él se me quedó mirando seriamente y yo tragué saliva. Era guapísimo, siempre lo había sido. Pero con los años había adquirido algo especial.

Llevaba el pelo corto y siempre bien peinado, moreno y un poco rizado. Tenía las facciones más suaves que las de mi hermano. Unos preciosos ojos negros y una sonrisa espectacular. Ese era su mayor atractivo.

Cerré las piernas. El alcohol me estaba afectando porque me había excitado con solo mirarlo.

Y la conversación complicaba aún más las cosas.

—¿En qué piensas? —susurró acercándose a mí.

—En nada...

—Te has puesto roja de repente —enarcó las cejas y una sonrisa picarona se dibujó en su rostro—. A mí puedes contármelo, somos amigos, ¿no? Y no me voy a asustar, ni voy a salir huyendo, Dani.

Bien... Si es lo que quería... Lo miré mientras bebía un poco y lo solté.

—En realidad estaba pensando en lo bueno que estás.

No se ahogó de milagro. Empezó a toser y hasta me asusté cuando lo vi morado. Joder, menos mal que sabía bien las técnicas de reanimación. Si es que debería de aprender a cerrar el pico.

—¿Estás bien? —pregunté cuando ya lo vi respirar mejor.

—Sí... ¿Tienes que decir siempre todo lo que se te pasa por la cabeza?

—Tú preguntaste —me encogí de hombros—. Pero no tienes que preocuparte por ello, solo era una opinión como amiga.

—Como amiga...

—Claro, somos como hermanos, no hay nada de malo en que yo vea tus virtudes.

—Como hermanos...

—Sí —sonreí, esperando que no se diera cuenta de la mentira, porque lo miraba de todas las maneras posibles menos como si fuera mi hermano. Y en ese momento deseé que él también huyera, me estaba asustando un poco la reacción de mi cuerpo por tenerlo delante.

—Como hermanos, sí... Será mejor que apuntes, creo que debemos retomar la “Operación ligue” —dijo muy serio de repente.

—Oh... —dudé y saqué de nuevo la agenda y el bolígrafo y lo miré.

—Lección uno, ya la sabes, no te comportes como una médica. Vamos, anota —lo hice—. Lección dos: nunca uses la palabra follar tan a la ligera —anotado...

—¿Lección tres? —pregunté con interés.

—Camarero... —señaló su copa— Creo que va a ser una noche larga —suspiró.

Y lo fue, pero también fructífera. Aprendí mucho y llegué a casa convencida de que desde ese momento, podría ligar sin problemas.

Y cualquier duda que tuviera, ahí estaría Marcos para ayudarme.

Capítulo 8



Marcos: “¿Dónde estás?”

Me había costado un poco mandarle el mensaje y fui bastante brusco, pero me daba igual. Hacía varios días que no sabía de ella, los dos estábamos liados con el trabajo. Pero la semana había terminado y, por fin era viernes. Nada más salir del trabajo, le mandé un mensaje. Me había reído mucho con ella la noche que estuvimos juntos y tenía ganas de verla.

Daniela: “*En el trabajo. Recogiendo para irme. ¿Por?*”

Marcos: “¿Tienes planes para hoy?”

Daniela: “*No, ni para hoy ni para el fin de semana, quería descansar.*”

Marcos: “¿Almorzamos juntos?”

Daniela: “*Vale.*”

Marcos: “*Te recojo en la puerta del hospital si quieres, voy saliendo ya en el coche.*”

Daniela: “*Está bien, nos vemos ahora.*”

Sonreí, la verdad es que la había echado de menos esos días. Lo espontánea que era, sus risas... Me divertía con ella. Ya no solo era por cuidarla, sino porque me sentía bien a su lado. Quién lo hubiera dicho... Con lo molesta que me había resultado siempre la piojo.

Llegué al hospital y allí estaba ella, con su gorro, su bufanda y sus guantes. Abrí la ventanilla para que me viera y corrió hasta el coche, había empezado a chispear.

—Hola —sonrió al sentarse.

—Hola, piojo, mal día he elegido para salir a comer —tenía pinta de que la llovizna iba a convertirse en algo más.

—Nos queda un fin de semana metidos en casa —sonrió después de ponerse el cinturón.

—Así descansas, que es lo que querías —le guiñé un ojo.

—Mi casa está hecha un desastre —suspiró—. Pero podemos comprar algo y comer allí. Calentitos, con la calefacción —dijo con cara de satisfacción, haciéndome sonreír.

—Vamos a ello entonces. ¿Pizza?

—Cómo me conoces —rió.

Algo la conocía, seguro. Aunque seguía siendo una mujer desconocida por otra parte.

Paré por el camino y recogí las pizzas que encargué por teléfono mientras conducía. No tardamos mucho en llegar a su casa. Era un pequeño apartamento y tenía razón, no estaba demasiado ordenado.

Nada más entrar, la vi comenzar a recoger los libros que tenía encima de la mesa. Sonreí, sería vieja y seguiría estudiando.

—Perdona el desorden, pero apenas me da tiempo a nada —dijo avergonzada.

—Me parece un lugar acogedor, mi casa se siente más fría —con las manos en los bolsillos, di un paseo por el salón, mirando las fotos familiares que tenía—. ¿Y esto? —pregunté sorprendido al verme en una.

—Era mi cumpleaños, mi madre nos obligó a todos a hacernos una foto juntos —rió.

—A tu madre como para decirle que no... —puse cara de susto— Creo que no le caía muy bien.

—De pequeño sí te quería, ya de más mayor no, no demasiado, al menos cuando eras adolescente. Eras una mala influencia —cogió las cajas de pizza y las dejó en la mesa, fue a la cocina y apareció con dos latas de refresco—. Pero eso ha cambiado.

—Ah, ¿sí? —me senté a su lado.

—Sí, ahora te adora. Bueno, hasta creo que defendió que el fumar hierba no era tan malo —resopló y solté una carcajada.

—Tu madre nunca va a cambiar —negué con la cabeza.

—No sabes la que me dio los días que estuve allí por su cumpleaños —suspiró—. Y dentro de nada llegan las navidades, así que miedo me da volver.

—Se preocupa por vosotros, no lo tuvo fácil.

—Lo sé —sonrió con tristeza—, pero lo hizo bien.

—Sí, bastante bien.

Solo había que verla a ella. Y a su hermano. Habían trabajado duro y tenían un buen futuro por delante. Su madre lo había hecho más que bien.

—Ey —le limpié una lágrima que resbaló por su mejilla—. No te pongas

triste —estaría acordándose de su padre, fue un duro golpe para ellos, yo no olvidaría el momento en que me enteré nunca.

—No —negó con la cabeza y sonrió—. ¿Cómo que me llamaste? ¿No tenías planes para hoy?

—Nada interesante. Además, me apetecía verte. Me río contigo.

—Cómo ha cambiado la cosa, pasaste de reírte de mí a hacerlo conmigo —bromeó—. Ahora dime la verdad, ¿qué te pasa?

—¿Cómo sabes que me pasa algo? —pregunté, alucinando.

—Porque algo te conozco.

Suspiré, no tenía ganas de contarle mis mierdas.

—Solo estoy hastiado, me apetecía verte y nada más.

—¿Y huir de tu último ligue? —elevó las cejas.

—Eso también —reí.

—Bueno, tú me ayudas aprendiendo a ligar, yo a deshacerte de las pesadas —me guiñó un ojo.

Solté una carcajada, eso era lo que necesitaba. Salir también de mi rutina y un poco de aire fresco. Y nadie mejor que Daniela para eso.

Los días pasaban y mi amistad con ella cada día era más estrecha. Me sentía a gusto a su lado.

Comíamos juntos muchas veces, hablábamos de anécdotas del pasado. Me sentía muy cómodo a su lado. Se estaba convirtiendo en alguien muy importante para mí.

En ese momento podía decir que era mi mejor amiga.

Más, incluso, que su hermano.

Pero las cosas no eran tan sencillas. Porque la atracción que sentía por ella no había desaparecido. Cada vez era más fuerte. Me costaba tenerla cerca y no tocarla.

Ella también se sentía bien conmigo. Lo notaba en cómo podía tumbarse en el sofá y dormir un rato sin importarle que yo estuviera allí. Sabiendo que, al despertarse, yo estaría.

El siguiente fin de semana me dijo que saldría con sus compañeros. Que no quería acaparar todo mi tiempo y que se sentía mal haciéndolo.

Lo hizo y volvió pidiendo ayuda cuando sus intentos de ligue salían mal.

—Vaya mala cara traes hoy...

Miré a mi jefe y amigo y a su esposa cuando me senté y suspiré.

—Están siendo unos días raros.

—Pues ya es hora de que nos enteremos de lo que pasa, apenas te vemos

—replicó Marta.

—La hermana de David necesitaba ayuda y he estado con ella.

—Y parece ser que no te hace ningún bien ayudarla —Carlos enarcó las cejas.

Era el director de la empresa en la que trabajaba, casi todos los empleados éramos españoles que nos habíamos trasladado a Londres. Nos llevamos bien desde el primer día y nos convertimos en grandes amigos. Él y su mujer eran dos grandes personas y siempre podía contar con ellos.

—No cuando a lo que la estoy ayudando no me gusta nada —resoplé, pedí algo de beber y me quedé mirándolos mientras los dos me observaban con seriedad.

—¿Y en qué la estás ayudando? —preguntó, con cuidado, Marta.

—A cómo ligar con los hombres —pestañearon varias veces y no dijeron ni una palabra—. Todos le huyen y creedme, lo he visto y es verdad —resoplé—. Estaba agobiada, su hermano me pidió que la ayudara en lo que necesitase y...

—No creo que su hermano te esté animando a que la metas en la cama de nadie —rio Carlos.

—No va por ahí la cosa —dije muy serio—. Estaba demasiado enfrascada en su mundo, su hermano quiere que salga un poco. Y ella lo hizo y se agobió cuando cada hombre que se le acercaba salía corriendo. Me pidió ayuda y la ayudó en la teoría. Porque la necesita. O ella cree necesitarla.

—¿Y por qué cree necesitarla? —preguntó Marta.

—Es algo... Espontánea. E inexperta. Y cuando le cuentas a un chico cómo le abres el pecho a alguien para operarlo del corazón, entre otras burradas... Salen corriendo.

—Joder, quiero conocerla —rio Carlos.

—Lo harás, he quedado con ella aquí para presentársela.

—Bueno, tampoco veo nada malo en que la ayudes un poco si eres la única persona que conoce aquí. Además, te conoce de toda la vida, ¿no?

—Sí...

—Pues la ayudas y ya, ¿dónde está el problema? —Marta enarcó las cejas y yo conocía bien esa mirada, estaba viendo más de lo que yo quería que viera, así que tenía que elegir con cuidado mis palabras.

Fui a responder que no había ningún problema. No iba a contarles que cada día soportaba menos estar cerca de ella y tener que instruirla en cómo ligar con otros.

Porque quería tenerla para mí.

—No hay ningún problema —dije con toda la tranquilidad del mundo.

Tranquilidad que me duró poco cuando la vi entrar por la puerta del local. Todo mi cuerpo se puso en tensión.

Me levanté cuando se acercó a nosotros y le devolví el abrazo que me dio.

—Hola —sonrió cuando se separó de mí.

—Hola, piojo —le guiñé un ojo.

—Mira cómo tengo las manos —me las puso en las mejillas, las tenía congeladas.

—Joder —me quejé, quitándolas.

—Es que se me olvidaron los guantes con las prisas —resopló.

—Y el gorro —dije revolviéndole el pelo.

Escuché a alguien carraspear y me giré rápidamente. Me había olvidado de ellos por completo. Y me podía haber seguido olvidando porque la sonrisita que ambos tenían en la cara no me gustaba mucho.

—¿No nos presentas? —sonrió Marta.

—Daniela... Ellos son Carlos y Marta. Mi jefe y su mujer.

—Sus amigos —enfaticó Marta—. Encantada de conocerte —se acercó a ella y le dio dos besos—. Desde hoy tienes una amiga aquí para lo que necesites.

—Gracias —sonrió Dani.

Carlos hizo lo propio y también la saludó. Volvieron a su sitio, Dani se quitó el abrigo y yo tuve que disimular cuando vi el escote que llevaba ese día. Así era normal que se resfriara. Nos sentamos juntos, uno al lado del otro.

—Sabemos que eres cirujana —sonrió Marta—. ¿Llevas mucho aquí?

—Más de un año —sonrió ella.

—¿Y por qué no te hemos conocido antes? —insistió Marta.

—Hasta hace poco no supe que Marcos estaba aquí también y me costó un poco llamarlo —me miró y me guiñó un ojo, haciéndome sonreír.

—Pues a partir de hoy no te separas de nosotros —le advirtió Marta y yo sabía que no estaba bromeando.

No sabía yo si sería bueno, por mi salud mental y física, que esas dos se hicieran amigas...

Por la física seguro que no, porque había sido verla y ya mis partes bajas estaban en tensión. Y eso que intentaba no mirar mucho del cuello para abajo.

Miré a Daniela mientras conversaba y reía con Marta. Se llevarían bien, no me cabía duda. Y yo estaba jodido si no conseguía mirarla a ella de otra manera. Si no lograba mirarla, de una vez, como lo que se suponía que éramos. Amigos, casi hermanos.

—Estás temblando —cogí su abrigo y se lo coloqué por los hombros.

—He cogido algo de frío —dijo tras agradecerme el gesto.

Ni pensé en lo que estaba haciendo, solo cogí sus manos y las tapé con las mías, dejándolas encima de mi rodilla. Seguían heladas, yo solo quería que entrara en calor. Ella ni se sorprendió ni hizo el amago de separarlas, teníamos bastante confianza, así que las acaricié un poco hasta que se relajó y noté que el frío se le iba yendo.

Cuando levanté la mirada, me encontré con dos pares de ojos fijos en mí, mirándome divertidos.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien, Daniela —sonrió Carlos, sin dejar de mirarme.

Puse los ojos en blanco, no se podía ser más capullo.

—Prefiero que los amigos me llamen Dani —sonrió—. Menos este, que no hay manera de que me llame así —resopló, señalándome con la cabeza.

—Para mí siempre serás un piojo —le guiñé un ojo.

—Toda la vida aguantando esto —resopló, haciéndonos reír.

—¿Y eso de piojo a qué viene? —preguntó Marta.

—Mi hermano y Marcos siempre me han llamado así. Por no llamarme grano en el culo, supongo —rio—. Pero es que nunca me dejaban estar con ellos, siempre les molestaba.

—Ahora no parece que le molestes mucho —sonrió Carlos, con inocencia. Hasta que gimió por la patada que le metí por debajo de la mesa.

—Para molestar ya estás tú —le sonreí a mi amigo.

Estuvimos un rato entre risas, se conocieron entre ellos y me gustó que se hubieran caído tan bien. Aunque, por otro lado, me preocupaba.

Me preocupaba porque me estaba acostumbrando a verla.

Me preocupaba porque cada vez la quería más cerca.

Me preocupaba porque cada vez la necesitaba más.

Me preocupaba porque me estaba sentando mal saber que saldría con otro.

Me molestaba porque no era conmigo con quien podía estar.

Y yo me moría de ganas de estar con ella.

Pero eso no iba a ocurrir. Yo no podía sobrepasar los límites. Además, ella tampoco me había dado indicios de que yo le gustara más allá de una amistad.

Y, conociéndome, tampoco sabía qué era lo que yo podía llegar a ofrecerle.

Porque no me perdonaría que se convirtiera, solo, en una más. Aunque tenía la sensación de que de ella no me iba a aburrir con tanta facilidad.

—¿Qué tienes que hacer hoy, Dani? —preguntó Marta.

—Pues había quedado esta noche —me puse tenso, lo sabía, pero seguía sin gustarme. Había quedado esa noche con otro—. Pero hasta esa hora, nada. Tengo el día libre.

—Yo quería ir a comprar algo de ropa y no me apetece que este —señaló a su marido— me acompañe. Sin compromisos, ¿pero te gustaría venir?

Su respuesta fue un sí con una gran sonrisa.

—¿Te importa? —me preguntó, mirándome.

—Ve y disfruta —sonreí.

Me regaló una gran sonrisa y me dio un beso en la mejilla.

Las dos se levantaron, Marta besó a su marido y yo me puse en pie para despedirme de ella.

—¿Estás pendiente esta noche? —susurró.

—Claro... Tendré el móvil en la mano. Me cuentas todo.

—Gracias —sonrió y me dio otro beso en la mejilla—. Te contaré todo todo.

No hacía falta que me contara todo... Pero sabía que ella lo necesitaba y yo haría de tripas corazón.

Las vi marcharse y suspiré mientras me sentaba.

—Pues sí que es un problema —rio Carlos.

—¿Por qué dices eso? —pedí otra ronda y me hice el tonto, aunque sabía que no serviría de nada.

—Te gusta esa mujer. Joder, en realidad a cualquiera le gustaría esa mujer. Menos a mí porque quiero mucho a la mía —dijo rápidamente cuando lo miré mal.

—No me gusta, solo tengo como... Como un instinto protector.

—Y una mierda. ¿Tú con instinto protector? Engaña a otro, Marcos, porque a mí no —resopló.

—Es como una hermana para mí.

—Claro que sí...

—Es la hermana de mi amigo.

—Sí, en eso sí tienes razón.

—No puedo verla como nada más —suspiré.

—Claro que no... —dijo con ironía.

—Estoy jodido —resoplé, reconociendo que sentía por ella más de lo que debería y de lo que yo mismo quería admitir—. Y, para colmo, esta noche tiene, por primera vez, una segunda cita.

—Señal de que tus consejos han funcionado.

—Ya podían no hacerlo —refunfuñé.

—¿Sabe su hermano a qué la estás ayudando?

—No... Solo le dije que estaría pendiente a ella y que le presentaría a gente. Solo hago eso.

—Ya... Porque no creo que le guste que la ayudes a meter a nadie en su cama. Y menos aún que seas tú quien se meta en ella —elevó las cejas.

—No haré eso... No voy a jugar con ella.

—Sé que no lo harás, Marcos —me miró con seriedad—. Pero ese no es el problema.

—¿Entonces qué problema ves?

—Que quieres a esa mujer para ti y no solo para un rato. Y cuanto antes te lo reconozcas a ti mismo, mejor.

Apreté la mandíbula, no iba a negar lo que yo ya sabía. La quería en mi cama desde el primer momento. Y todas esas películas que me montaba en la cabeza de que quizás podía hacerle yo daño...

Mentira, era yo el que por primera vez tenía miedo a no ser suficiente. A no ser nada para ella. A no ser lo que necesitaba.

A no ser lo que quería.

—Para ella soy como un hermano.

Carlos me miró, divertido.

—No es eso lo que me habéis mostrado los dos...

—Lo que has visto solo es confianza, son muchos años.

—Sigue intentando engañarte —se encogió de hombros— Tened cuidado a qué jugáis porque os podéis quemar. Y si sale bien, pues mira. Pero si termináis haciéndoos daño...

—No entiendo qué quieres decir.

—Lo entiendes muy bien, Marcos. Enmascara todo lo que quieras, a mí no vas a negarme que estás sintiendo cosas por esa mujer. Ella podrá engañarse también a sí misma, que es más que evidente que siente algo por ti.

—Eso no es así —no, ella no sentía nada, ella me trataba como a un amigo, no como a nada más. Y lo cariñosa que era conmigo era por su forma de ser. Eran muchos años de conocernos.

—¿A qué le tienes miedo?

—¿Miedo? A nada —mentí.

—Seguid con ese juego...

—No es un juego.

—Mira, Marcos —suspiró—. Cualquiera que esté cerca de vosotros nota la tensión sexual. Eso no es malo. El problema es que si no vais desde el principio

con las ideas claras, podéis terminar haciéndoos daño el uno al otro.

—¿Qué ideas?

—De que tú detestas que esté con otro. De que ella ni siquiera se ha dado cuenta de que no quiere estar con otro. De que ese juego de amigos os puede llevar a más de lo que ya tenéis. Pero como no seáis sinceros desde el principio por el miedo a perder lo poco que tengáis con el otro, todo se puede ir a la mierda.

—¿Y desde cuándo eres tú un experto? —dije con ironía.

—Solo es un consejo...

—Lo siento —me disculpé—. Estoy algo irascible.

—Lo entiendo. No tiene que ser fácil ayudar a la mujer que te gusta a estar con otros.

—No, no lo es —reconocí.

—¿Y a qué tienes que estar pendiente esta noche?

—A que su cita vaya bien. La primera estuve con el móvil en casa guiándola en todo y ahora repite con el mismo chico —suspiré—. Me tocará lo mismo.

—No lo hagas.

—Prometí ayudarla, Carlos.

—Y ayúdala. Pero enseñándole que no necesita reglas. Que no se puede aprender a ligar. Que cada uno es como es.

—Y que si alguien se va cuando te conoce, es porque no es la persona adecuada —terminé yo por él—. Ya se lo dije. Pero... Ella...

—Ella terminará yendo hacia ti —me guiñó un ojo.

—Dudo eso —reí—. Y ni siquiera sé lo que yo podría ofrecerle. Sabes que no me dura una relación.

—No creo que lo que te ocurre con ella sea solo pasajero, pero el tiempo lo dirá. ¿Y Kate?

Fruncí el ceño. No quería hablar de ella.

—No sé nada de ella.

—Te aburrirte rápido esta vez.

—Supongo que sí... Y ya con lo de Dani... Ni me había acordado de que existía.

—Ya... ¿Un brindis por las propuestas arriesgadas? —rio.

Puse los ojos en blanco. La apuesta era arriesgada, pero estaba convencido de que eso solo era el principio de todo.

Y no solía equivocarme con mis sensaciones.

Capítulo 9



Había pasado una buena tarde de compras con Marta. Nos reímos y nos conocimos un poco más y me gustaba, estaba segura de que en ella tenía una buena amiga y eso me hacía sentirme mejor.

Llegué a casa a tiempo para ducharme y prepararme para la cita de esa noche. Ya delante del armario, no tenía ni idea de qué ponerme.

Me probé un vestido, me hice una foto y se la mandé a Marcos.

Daniela: “¿Qué tal así?”

Su respuesta no tardó en llegar.

Marcos: “*Demasiado para una segunda cita.*”

Daniela: “¿Entonces qué me pongo?”

Marcos: “*Algo más recatado.*”

Fruncí el ceño, pero el experto era él. Así que un vaquero casual, un jersey...

Daniela: “*No es demasiado de monja?*”

Marcos: “*Perfecto para la ocasión. Confía en mí.*”

Daniela: “*Lo hago, Marcos, pero parezco una abuela... Mejor pruebo otro.*”

Al menos me cambié el jersey, me puse una camisa con un buen escote.

Daniela: “¿Qué tal así?”

Marcos: “*Si abres un par de botones más...*”

Me quedé mirándome en el espejo y lo hice. Me reí, se me salían de la camisa. Me mordí el labio y le envié una foto así.

Daniela: “¿Así...?”

Marcos leyó el mensaje y no contestó nada.

Daniela: “¿Sigues ahí?”

Marcos: “*Joder, Dani, ni se te ocurra salir así.*”

Daniela: “*Para una cosa buena que tengo...*”

Me estaba divirtiendo, imaginando que si lo tuviera cerca, me cerraría los botones él mismo. Y joder, eso me había excitado.

Marcos: “*Tienes muchas cosas buenas y no hay que ir enseñando todo tan pronto.*”

Daniela: “*Bueno, es la segunda cita, habrá algo más que palabras, ¿no?*”

Marcos: “*Habrà lo que tú quieras que haya.*”

Sabía que lo había dicho serio y, tal vez, me había pasado un poco.

Daniela: “*¿Estás enfadado conmigo?*”

Estaba en línea y pendiente a nuestra conversación, pero se tomaba su tiempo para responder.

Marcos: “*No.*”

Daniela: “*¿Seguro?*”

Marcos no contestó y yo me senté en la cama con el ceño fruncido. Había intentado jugar un poco con él, pero me había pasado de la raya. Era mi amigo, tampoco tenía que comportarme de esa forma.

Cogí el teléfono y lo llamé.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Marcos... Confío en ti, así que hazlo tú en mí. ¿Hice algo malo?

—Mandarme esa foto, eso hiciste mal —resopló.

—Lo siento, yo...

—Me la pusiste dura, Dani —dijo como rendido.

—Oh...

—Sí, oh... Así que si lo que quieres es ponérsela dura a él y tirártelo esta noche, entonces ve así —estaba de mal humor.

—¿Y si no quiero?

—Entonces ¡tápate ese maldito escote!

—Lo haré...

—Bien. Date prisa, llegas tarde a tu cita —dijo tras coger aire.

—¿Estarás ahí?

Se quedó callado unos segundos antes de responder.

—Estaré aquí siempre que sea lo que necesites —suspiró.

—Gracias...

Me colgó la llamada y suspiré. Pero una sonrisa se dibujó en mis labios. ¿Se la había puesto dura a él?

Negué con la cabeza, solo lo decía para hacerme sentir bien. Así era Marcos, siempre intentando que todo el mundo se sintiera mejor.

Me puse el jersey que le enseñé antes, cogí mi abrigo y mi bolso y bajé, mi cita me esperaba en el restaurante.

La cita no fue un fracaso, pero tampoco un éxito. Porque me pasé toda la maldita noche pensando en Marcos.

“Me la pusiste dura, Dani.”

No me quitaba esa frase de la cabeza. ¿Se estaba quedando conmigo? ¿Era verdad?

No, no podía ser cierto. Él estaba acostumbrado a otro tipo de mujeres, no a alguien como yo. Además, me veía como a una hermana, tenía que meterme eso en la cabeza.

—Estás muy callada...

Miré a James, mi cita de esa noche. Habíamos caminado hasta llegar al portal de mi casa y me paré.

—Estaba pensando —sonreí.

—¿Algo mal?

—No, solo temas de trabajo —mentí—. Un paciente que me tiene preocupada.

James era abogado, un rubio inglés guapísimo y un encanto de hombre. Educado, amable... Pero...

—Todo irá bien —sonrió y levantó su mano para acariciar mi cara—. Me gustas mucho, Daniela y espero que nos veamos de nuevo.

Sonreí. Los consejos de Marcos habían tenido resultado. Por primera vez, un hombre no salía corriendo y no solo me aguantaba una cita entera, sino que me estaba pidiendo la tercera.

—Cuando quieras —dije con una sonrisa.

James acercó su cara a la mía y me dio un beso en los labios. Le correspondí, fue algo dulce. Se separó de mí y me miró a los ojos.

—Te llamo mañana y quedamos —me guiñó un ojo.

—Vale... —forcé una sonrisa y lo vi marcharse.

Me quedé unos minutos en la calle pensando en ese beso. No había sentido nada.

Y el único pensamiento que se me vino a la mente era que no sentía porque él no era Marcos.

No, no podía ser. Estaba confundiendo las cosas.

Enfadada conmigo misma, saqué el móvil de mi bolso y lo llamé.

—Hasta que apareces. Llevo toda la noche esperando un mensaje tuyo —dijo enfadado—. ¿Tan bien lo pasaste que ni me necesitas ya?

Respiré profundamente, no me gustaba su tono. Y menos aún me gustaba la rabia que yo estaba sintiendo porque precisamente, sin saberlo, él había jodido

mi noche.

—¿Estás en tu casa? —pregunté intentando no sonar enfadada.

—Sí...

—¿Solo?

—Sí —dijo rápidamente.

—Tengo que verte.

—¿Estás bien? Yo voy a buscarte donde sea —la preocupación en su voz.

—Yo voy a tu casa —resoplé—. Nos vemos en un rato.

Colgué la llamada y cogí un taxi, en menos de quince minutos estaba delante de su puerta.

Tenía algo que comprobar.

Y si mis sospechas eran ciertas, entonces estaba jodida.

Llamé al timbre y no tardó mucho en abrirme.

—Dani... —dijo, dubitativo.

—Bésame, Marcos.

“

Capítulo 10



—Bésame, Marcos.

Tragué saliva y elevé mis cejas en un gesto de sorpresa absoluta.

Había estado toda la noche pendiente al móvil, dando vueltas por la casa al ver que no me mandaba ningún mensaje. ¿No necesitaba mi ayuda para nada?

Pues al parecer no...

Y cuando ya me iba a dar por vencido y a concienciarme de que estaría con ese otro... ¿Aparecía en mi casa y me pedía que...?

—Creo que no te oí bien.

Ella puso los ojos en blanco, entró en mi apartamento, cerré la puerta y la seguí hasta el salón.

—Me has oído bien, te he pedido que me beses —¿por qué estaba enfadada?

Me acerqué a ella lentamente, nuestras caras muy cerca.

—¿Has bebido? —porque a alcohol no olía.

—Joder, Marcos —gruñó y se separó de mí, comenzó a caminar por el salón —. Solo te he pedido un favor. Que me beses, ¿es demasiado?

—A ver, piojo...—no sabía qué era lo que le había pasado para estar así. Me acerqué a ella y la cogí del brazo para pararla. Me quedé observándola a la cara, tenía lágrimas en los ojos— Dime que ese desgraciado no te hizo nada —me estaba empezando a imaginar lo peor e iba a matarlo si la había tocado.

—¡No! Bueno... Solo me besó —dijo derrotada.

—Ah... —solté su brazo y me retiré un poco— Es lo que suele pasar en una segunda cita —intenté sonar normal, como el amigo que era, pero me estaba costando la vida no golpear algo porque no quería saber ese tipo de cosas.

Me acerqué a la ventana y me quedé mirando la noche. Intentando controlar el irracional ataques de celos que estaba sintiendo en ese momento.

—Marcos... No sentí nada —mi cuerpo se puso en tensión y, a la vez, suspiré de alivio—. Creo que tengo un problema más grave, porque ese hombre

me gusta, es agradable y... Y no sentí una mierda cuando me besó.

Me giré a mirarla. Estaba preocupada, un par de lágrimas caían por sus mejillas. Las limpié con mis pulgares.

—No te pasa nada, solo que no es el hombre para ti —intenté relajarla.

—¿Y si es porque lo hago mal?

—¿El qué haces mal?

—Besar —resoplé, ¿por qué siempre pensaba que tenía un problema?

—¿Te vas a culpar porque un hombre te bese y no sientas nada? —lo cual me hacía sentir muy pero que muy bien. Bastante satisfecho.

—No tengo experiencia con los hombres —bufó—. Si he llegado a una segunda cita con uno es porque tú me has ayudado. Y tendré una tercera con él por lo mismo —apreté la mandíbula, tenía ganas de zarandearla. La había besado y no había sentido nada, ¿para qué demonios iba a tener otra cita con él?— Sé que es mucho lo que te estoy pidiendo, ¿pero podrías besarme a ver si...?

—¿Quieres que te bese para ver si sientes algo? ¿Para eso has venido? —me estaba poniendo de muy mal humor.

—Sí. Y porque necesitaba saber si lo que me dijiste es verdad.

—¿El qué? —ya me había perdido en la conversación.

—Lo que me dijiste por teléfono... —seguía sin entender a qué se refería— Sobre mi foto —carraspeó, avergonzada.

—¿Quieres saber si me la pusiste dura? —no pude evitar sonreír mientras lo preguntaba. Eso sí que no me lo esperaba.

—Sí —susurró sin mirarme.

Cogí su cara entre mis manos y la hice mirarme.

—No tenía que haberte dicho algo así —suspiré—. Lo siento.

—No, no tenías porque me he pasado toda la noche pensando en eso —suspiró—. Y yo sé que lo dijiste para que me sintiera mejor y...

Y una mierda iba a dejar que pensara eso.

La callé con un beso. Pero no un beso de amigos. No un beso para tranquilizarla. No un beso cualquiera.

La estaba devorando. Magullando sus labios mientras aspiraba sus gemidos. Estaba besándola como había deseado hacer desde el primer momento en que la vi entrando en ese pub.

Como había imaginado hacerlo cada vez que la había tenido cerca.

Cuando separé mis labios de los suyos, ella seguía con los ojos cerrados, los labios hinchados y mojados y joder, era la mujer más hermosa que había visto nunca.

Gemí, imaginando todo lo que podría hacer con ella.

Abrió los ojos lentamente y vi un poco de incertidumbre en ellos. Pero yo sabía por qué. Porque conmigo sí había sentido. A mí, como me había respondido, no podía negarme que ese beso no había sido solo eso. Un simple beso.

—¿Responde este beso a tus preguntas? —apreté la mandíbula, necesitaba fuerza de voluntad para no volver a devorarla y a dejarla sobre el sofá, desnuda, mientras le demostraba de todas las maneras que pudiera que todo estaba bien con ella. Al menos, mientras fuera conmigo.

—Yo... —tragó saliva y se mojó los labios.

—¿No sentiste nada, Dani? —acaricié su boca con mi pulgar— Dime que no te derretiste entre mis brazos —cogí su mano y la puse en mi entrepierna, me dolía a rabiar —. Dime si ahora crees que me la pusiste dura —lo dije con rabia, era mi manera de demostrarle que ella no tenía un problema, pero que no sentiría con cualquiera.

—Yo... Esto no está bien —negó con la cabeza.

La solté y me eché un poco para atrás.

—Entonces vete.

Y lo hizo, dejándome allí con ganas de destrozarlo todo.

Capítulo 11



—¿Qué está pasando contigo y con Marcos?

Miré a quien ya era mi amiga, Marta, sentada frente a mí en la cafetería.

—No lo sé... —suspiré.

—¿Aún no confías en mí?

—No es eso, Marta, sabes que sí. Pero es que yo no tengo idea de lo que me pasa. Hace días que no sé de él. Me fui de su casa.

—¿Qué ocurrió?

—Nada, tuve una cita. Una segunda cita, por fin alguien había aguantado más conmigo. Me besó y...

—¿Y...?

—Y no sentí nada —bufé y ella sonrió—. No le veo la gracia.

—No le veo el problema —se encogió de hombros—. Alguien te besó y no te gustó. ¿Qué tiene que ver con Marcos?

—Pues que me enfadé, porque toda la culpa era suya, no había podido dejar de pensar en él.

—¿Y qué pasó? —seguía sonriendo, a mí no me hacía ninguna gracia.

—Fui a su casa y casi tuve que rogarle que me besara.

Marta soltó una carcajada.

—¿Tú rogarle a Marcos? Déjame dudarle.

—Te juro que fue así. Al final lo hizo.

—Obvio... Y te gustó, ¿no?

Solté todo el aire de mis pulmones.

—Tanto que me asusté y salí corriendo.

Las carcajadas de Marta se escuchaban en toda la manzana.

—Me imagino la situación —se limpió las lágrimas de los ojos—. Que te gusta se nota, Dani.

—No me gusta —mentí.

—Vamos —ella puso los ojos en blanco.

—De verdad, yo creo que solo es atracción sexual. Una tensión sin resolver que tengo con él.

—Pues resuélvela.

—Como si fuera tan fácil. Ni siquiera sé qué siente él, además de que se la pongo dura, que eso no tuvo reparos en decírmelo.

—Pues entonces no sé qué más necesitas saber —otra carcajada.

—Sé sus reglas, Marta. Y si entre él y yo las cosas van a más... Podemos hacernos daño.

—Marcos y sus malditas reglas —resopló—. No tiene por qué tenerlas contigo.

—No voy a ser yo la diferente.

—Ya eres diferente para él, ¿no lo ves? Y no me vengas con que se preocupa por ti por obligación, las dos sabemos que no es así. Le gusta estar contigo. Tal vez ni él sabe, como tú, qué es lo que ocurre entre los dos, ¿pero por qué no daros una oportunidad?

—¿Y qué hago? ¿Ir y decirle directamente lo que quiero?

—¿Por qué no? Tenéis confianza para eso y para más. Es muy triste que la bonita relación que tenéis se vaya a la mierda porque ninguno de los dos se arriesgue.

—Podemos joderlo todo y no quiero perder su amistad.

—¿Y no es eso lo que está pasando ahora mismo? No eres tonta, Dani. Sabes que existe algo más entre los dos. Si lo deseas, propónselo.

—¿Qué le propongo? ¿Un mes como él necesita?

—¿Por qué no? Un mes en el que os podréis demostrar si lo que sentís es pasajero o si es mucho más.

—Uno de los dos puede salir herido si no corresponde a los sentimientos del otro.

—Sí. Pero ahora estáis los dos heridos porque ni siquiera os veis, así que piensa qué es peor. Él está hecho una mierda, Dani y sé que es porque te echa de menos.

Tenía ganas de llorar. Yo también lo echaba de menos.

—¿Y si solo es sexo? ¿Y si después de una noche ninguno quiere más?

—¿Y si dejas de pensar y vives el riesgo por una vez en la vida?

—Sería una proposición muy arriesgada.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Quien no arriesga, no gana.

Quizás tenía razón. Yo necesitaba, al menos, una vez con él.

—Será egoísta pedirle eso, Marta.

—Egoísta es desaparecer de su vida y dejarlo hecho una mierda porque no tienes el valor de decirle lo que realmente quieres de él.

—Ni yo sé qué quiero de él.

—Sabes lo que necesitas ahora. Empieza por pedirle una vez. Quizás después un mes.

—¿Y después?

—¿Quién lo puede saber? Después ambos lo decidiréis.

—No sé cómo acercarme a él.

—Tú déjalo en mis manos, yo me encargo.

Capítulo 12



Había pasado unos días de mierda, no tenía ganas de nada.

La echaba de menos...

No la había visto desde el día en que se fue de mi casa. Ni un mensaje. ¿Para qué? Salió corriendo cuando la besé.

No tenía que haberlo hecho, no tenía que haberle demostrado el deseo que despertaba en mí. Ella me veía como a un amigo, nada más. Y yo no podía verla así.

No sabía qué me ocurría exactamente con ella, pero era algo más de lo que había sentido o necesitado jamás.

Y se había ido.

El fin de semana Carlos y Marta me invitaron a cenar. No tenía ni ganas de ir, pero me dejaron claro que no aceptarían un no por respuesta.

Llegué algo tarde y me quedé sorprendido al encontrarme a Dani allí.

—Marcos... —a ella no le sorprendía verme, así que sabía que iba a estar allí.

Tenía que haberlo imaginado, se habían convertido en buenas amigas, así que Marta estaría al tanto de todo.

—Hola —metí las manos en los bolsillos y vi cómo Marta y Carlos desaparecían del salón, la encerrona estaba servida—. ¿Cómo estás?

—Bien... ¿Sigues enfadado conmigo? —se retorció las manos.

¿Enfadado? ¿Ella creía que yo estaba enfadado?

—Yo no estoy enfadado contigo, Dani. Solo conmigo, no debí hacer eso —suspiré—. Y lo siento.

—Yo no siento lo que hiciste —se acercó a mí hasta quedarse casi pegada a mi cuerpo.

Por favor, no hagas eso, pensé. Era una tortura...

—¿Sabías que venía?

—Sí, Marta sabía que estábamos algo distanciados y me dijo que terminaría con eso —sonrió, avergonzada—. Yo no sabía cómo acercarme a ti y disculparme.

—No tienes que disculparte, yo lo hice mal.

—No hiciste nada mal —sonrió—. Me comporté como una cría, me asusté y me fui. ¿Podemos dejar eso en el pasado?

—Claro —sonreí.

No, pensé. No podía dejar en el pasado ese beso con lo que me había hecho sentir. No podía olvidar el sabor de sus labios. Pero ella era muy importante para mí y si necesitaba eso, se lo daría.

De repente escuchamos pasos exagerados y a mi amigo tosiendo y me reí.

—Sutil manera de decirnos que vienen.

Dani soltó una carcajada y me sentí bien al verla feliz de nuevo. Yo no podía mirarla como antes, en realidad, desde que volví a verla, nunca la había mirado sin deseársela. Pero aceptaba la tregua entre nosotros. Ya se me pasaría el encaprichamiento con ella. O eso esperaba.

Intenté comportarme como siempre, pero tenerla al lado y ni siquiera poder tocarla era algo que me superaba. Aunque entre nosotros las cosas nunca habían ido a más, ni siquiera poder acariciar su mano, o su pelo...

Era difícil estar al lado de ella.

Y deseándola aún más.

Tras la cena, fui con Carlos a preparar unas copas.

—¿Qué ha ocurrido entre vosotros? —directo al grano.

—¿No te contó Marta? —dudaba eso, Carlos ya debía de saberlo todo.

—Quiero que me lo cuentes tú.

—La besé.

—¿Y?

—Se marchó.

—Entiendo...

—No, no lo haces —suspiré—. Vino a buscarme después de su cita porque el gilipollas del tío la había besado y ella no había sentido nada. Tenía miedo de que algo estuviera mal con ella.

—Así que la besaste a conciencia para demostrarle que el problema era el tipo ese y no ella.

—Sí —bien explicado.

—Y huyó.

—Pues sí...

—Bien hecho, entonces —rió y me dio unas palmaditas en la espalda.

—¿Bien hecho el qué? Fui un bruto y salió corriendo.

—A veces, Marcos, no entiendo cómo se te considera uno de los mayores ligones por cada lado que vas, porque te enteras de más bien poco —resopló.

—Debo ser gilipollas porque no lo entiendo.

—Lo eres —afirmó y yo puse los ojos en blanco.

—¿Es qué? —preguntó Dani entrando en la cocina.

—Aquí mi amigo, que a veces no da para más —rió Carlos, cogió un par de copas y salió de la cocina.

Yo fui a hacer lo mismo, pero Dani me cogió del brazo.

—¿Podemos hablar un momento? A solas —dijo muy seria.

Afirmé con la cabeza y ni rechisté cuando entrelazó sus dedos con los míos y tiró de mí. Suspiré por el contacto, había echado mucho de menos eso.

La seguí en silencio hasta que entramos en uno de los dormitorios.

—¿Qué hacemos aquí? Podemos hablar en cualquier lado.

—Tengo un problema, Marcos...

Estaba todo a oscuras, solo iluminado por la poca luz que entraba por la ventana, pero podía verla más o menos bien. Nuestras manos aún seguían entrelazadas.

—¿Qué problema? —carraspeé.

Era yo el que estaba teniendo el mismo problema de siempre y ese sí era grave. Que no se acercara demasiado o iba a asustarse de nuevo.

Tiró de mi mano e hizo que pegara mi cuerpo al suyo, su espalda apoyada en la puerta.

—Dani...

—No puedo dejar de pensar en ti —susurró—. No puedo dejar de pensar en ese beso.

—No digas eso —joder, no, no cuando había pasado unos días de mierda echándola de menos.

—Es la verdad, Marcos.

—¿Por eso huiste? ¿Por eso llevo días sin saber de ti?

—Me asusté...

—No tenía que haber pasado. Ese beso no tenía que haber pasado.

—¿No te gustó? Porque yo no he podido dejar de pensar en eso.

—Sabes de más que sí —gemí cuando nuestros cuerpos se pegaron aún más y mi miembro rozó su estómago.

—No hui de ti, me dio miedo lo que me hiciste sentir —susurró.

¿Era eso cierto?

—Te he echado de menos estos días —suspiré.

—Y yo a ti. Por eso mismo necesito este favor.

— ¿Qué favor necesitas? —tragué saliva, temiendo lo que pudiera salir de su boca.

—Quiero una vez contigo —dijo con voz ronca.

Cerré los ojos y agradecí que todo estuviera a oscuras para que no viera mi cara de dolor. Porque era dolor lo que sentía cuando mi mente ya había volado e imaginado diez mil maneras de tenerla entre mis brazos.

—¿Por qué?

—Porque es en lo único en lo que he podido pensar desde que me besaste —sonaba sincera.

—Hacer eso no ayudará, Dani —suspiré—. No quiero cargarme nuestra amistad por un polvo. Y ya ha estado a punto de pasar por un beso.

—No cambiaré nada. No te estoy pidiendo nada más que este momento contigo. Sé que soy egoísta, pero te prometo que todo quedará igual. Podrás seguir con tu vida, con tus amantes...

—Y tú con tus citas —dije sin que la rabia empañara mi voz.

—Sí...

—¿Es otra propuesta de las tuyas?

—Puede decirse que sí.

—¿Y cuál es el fin? ¿Que te enseñe cómo darle placer a un hombre?

—No. Que me enseñes a darte placer a ti. Porque te deseo, Marcos.

Mierda. No iba a poder resistirme a eso. Pegué mis labios a los suyos, respirando su aliento, rozándolos con los míos y notándola temblar.

—El placer lo obtengo si te veo disfrutar —le di un dulce beso, rindiéndome al deseo—. Pero esto puede joder todo.

—No va a joder nada. Será nuestro secreto. Te prometo que no me meteré en tu vida, no te pediré nada. Solo tenerte hoy conmigo, si quieres. Sin compromisos por parte de ninguno, sin...

—Esas cosas no funcionan, siempre hay uno que acaba queriendo más, Dani... —y en ese caso iba a ser yo, porque no me iba a conformar con una sola vez, eso lo tenía muy claro.

—Si eso pasa, me iré antes de pedirte nada y tan amigos.

¿Ella pensaba que sería quien querría más? No tenía ni idea de lo que sentía por ella. Joder, ni yo lo sabía.

Pero no podía imaginarme el que volviera a marcharse de nuevo.

—No digas estupideces.

—Te deseo, Marcos. No sé qué me pasa contigo, pero te deseo. Dime que no si no sientes nada por mí y yo lo entendí mal. Sé que soy inexperta, pero pensé que...

Me agaché un poco, agarré sus caderas y clavé mi erección en su entrepierna, haciéndonos gemir a los dos.

—Sabes malditamente bien que te deseo —gemí de nuevo—. Pero no quiero joderlo.

—Somos adultos, eso no tiene por qué pasar —en ese momento fue ella quien se refregó contra mí—. Elige, Marcos, porque no te lo pediré otra vez más. No voy a rogarte que me des algo que no deseas.

No se enteraba de nada...

La besé duro, con el deseo retenido de tanto tiempo. Con la rabia que sentía por haberla echado de menos esos días.

—¿Me estás pidiendo sexo sin compromiso? ¿Una sola vez?

—Sí... —dijo dubitativa.

—¿Y lo quieres ahora?

La escuché coger aire lentamente.

—Si tú lo quieres, sí.

Sonreí, cómo podía dudar aún de cuánto la deseaba yo.

Acerqué mi boca a la suya y rocé nuestros labios, haciéndola suspirar.

—Sabes que te deseo. Pero si me quieres, será a mi manera, Dani —susurré sobre sus labios.

—Vale...

—Y no será solo una vez —lamí su labio inferior.

Ataqué su boca antes de que protestara. La besé, metí mi lengua dentro y acaricié la suya. Sin piedad. Sin dejarla respirar. Atrapé su cuerpo entre el mío y la puerta y me moví, haciéndola gemir, mostrándole lo que de verdad quería hacer con ella.

Solo que no era el momento, ni el lugar, porque yo no quería un polvo rápido. Pero le daría lo que necesitaba en ese momento.

Metí mis manos entre nuestros cuerpos y desabroché su pantalón, lo bajé un poco, sin dejar de devorar su boca y con una mano agarré su trasero mientras que la otra apartó su ropa interior hasta rozar su sexo.

—Joder... —gimió.

Y yo lo hice también al notar su calor. Estaba mojada y lista para que entrara en ella. Joder, y cómo deseaba estar dentro de ella. Abrí sus labios inferiores y

pellizqué su clítoris.

—Marcos...

Escuchar su nombre entre gemidos hacía que mi erección fuera cada vez a peor.

—¿Puedo tocarte? —susurró.

—¿Quieres hacerlo? —terminé la pregunta con la voz estrangulada cuando su mano cogió mi pene por encima del pantalón.

Solté su trasero y la ayudé a desabrocharme el pantalón, gemí cuando la tuvo entre sus manos.

—Dime cómo hacerlo... Cómo te gusta...

Ella podía hacer lo que quisiera que me iba a gustar de todas maneras.

Metí dos dedos dentro de ella y la hice gritar.

—Solo sigue mi ritmo, ¿de acuerdo?

—Sí.

Mis dedos comenzaron a entrar y a salir de ella. Primero con calma, parándome de vez en cuando porque yo estaba a punto de correrme y no lo haría antes que ella.

La besé de nuevo y bajé mis labios por su cuello, quería lamer hasta el último rincón de su cuerpo. Levanté su jersey sin dejar de masturbarla con mis dedos y dejé sus pechos libres de sujetador.

Joder, creí morir de placer cuando me los llevé a la boca.

—Marcos...

Eso era lo único que quería oír. Mi nombre en sus labios.

—Quiero que te corras, pequeña —mis dedos entraron aún más dentro, el pulgar acariciando su clítoris. Mi boca sobre la suya y mi otra mano apretando esos pechos que me volvían loco.

—No sé si podré...

Me reí, no pude evitarlo.

—Lo harás —dije con seguridad—. Lo harás cuando te lo pida, ¿lo entiendes?

—Sí...

—Bien —gemí cuando ella apretó mi pene más de la cuenta—. Vamos a por ese orgasmo.

Volví a devorar su boca y disfruté de las sensaciones de su calor, de su mano masturbándome, siguiendo el ritmo que yo le marcaba. Lo aceleré un poco, por su respiración sabía que estaba a punto de lograrlo y yo no podía aguantar mucho más.

—Dani... Córrete —ordené y metí los dedos hasta el fondo.

Fue entonces cuando gimió y noté cómo su vagina se contraía. Fue entonces cuando me dejé ir. Corriéndome en su mano. Llenándonos a ambos e importándome más bien poco.

Porque me había sentido como nunca en mi vida.

—Joder —suspiré al final.

Ella respiraba pesadamente.

—Gracias —susurró y me dio un beso en los labios.

—Creo que hay algo que no entendiste, piojo —resoplé.

—¿El qué?

—Que esto no ocurrirá solo una vez —la besé duro, así entendería que de nada serviría que protestara—. Así que vístete, tómate esa copa rápido porque esta noche te quiero en mi cama y solo para mí.

—¿Estás seguro?

No le respondí, no hacía falta. La besé de nuevo y la ayudé a que se colocara la ropa.

Salimos al pasillo y reí al verle bien la cara. Teníamos una pinta los dos...

Las miradas de mis amigos me dieron a entender que sabían muy bien qué había ocurrido ahí dentro.

Duramos poco con ellos, no esperé ni a terminar la bebida. Estaba deseando volver a estar con ella.

Lo que había pasado en esa habitación había sido, solo, un aperitivo. Yo quería más.

Y lo iba a tener.

Capítulo 13



Llegamos a su casa con las manos entrelazadas, no me había soltado en todo el camino.

Me sentía un poco avergonzada por cómo había actuado, pero no había podido dejar de pensar en él desde ese beso.

No sabía qué era lo que me ocurría ni lo que quería, pensé que con tenerlo para mí un rato sería suficiente, que se me pasaría la necesidad de sentirlo, pero eso no era así. Lo necesitaba aún más, porque lo necesitaba dentro de mí.

Tiró de mí y paramos al lado de su cama. Se puso frente a mí y me miró a los ojos.

—Te quiero desnuda, en mi cama, solo para mí.

—Marcos...

—¿Pensaste que con lo que ocurrió sería suficiente? ¿De verdad? —me quitó el abrigo y el jersey, dejándome en sujetador.

—Para mí tampoco fue suficiente —dije con sinceridad.

Él descubrió su pecho y pegó nuestros cuerpos.

—Me alegra escuchar eso —sonrió—. ¿Trabajas mañana?

—No.

—Bien, porque no vas a salir de esa cama.

Acaricié su pecho, recreándome en él por ser la primera vez que lo hacía.

—Nunca había sentido algo como lo de antes —susurré.

—¿Nunca?

—No —levanté la mirada hasta sus ojos—. Ya te dije que no tenía mucha experiencia. Seré un poco torpe.

—Serás perfecta —besó mis labios.

—Me gustaría aprender.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo —gemí cuando mordió mi cuello—. Sé mucho de teoría, pero

la práctica es otra cosa.

—¿No os enseñan eso en cardiología? —sonrió, desabrochándose los pantalones.

Se puso de rodillas en el suelo, bajándolos poco a poco y besando mi piel hasta que me los quitó por completo.

—No —gemí cuando, al levantarse, me dio un beso en el pubis, por encima de mi ropa interior—. Pero una aprende mucho viendo la tele.

Era mi momento para quitarle el pantalón y no dudé en hacerlo.

—¿Y qué aprendiste en la tele? —nuestros cuerpos en ropa interior, tumbados en la cama, frente a frente, pegados...

—Que no todo lo que se ve en las películas porno es así.

Marcos soltó una carcajada.

—¿La empollona se entretiene viendo pelis porno?

—A falta de... —me callé.

—Dilo —me retó, sonriendo—. Quiero oírtelo decir.

—A falta de una polla, lo que pudiera.

Cogió mi mano y la puso sobre su pene.

—Así me la pones a mí. Es tuya, experimenta con ella todo lo que quieras.

—¿Todo lo que quiera?

—¿Por qué no? —acarició mi costado— No hay nada de malo en el sexo siempre que quieran los dos. Así que dime, ¿cuál es tu primer deseo? —su mano acarició mi vientre y subió hasta mis pechos. Los cogió y los apretó.

—¿Vas a cumplirlos todos?

—Quieres que te enseñe, ¿no?

—Sí —pero dudé, porque no quería solo eso, quería más. Y había sido la primera en decirle que no pediría nada más.

—Entonces pide.

—Hoy solo quiero sentirte dentro de mí.

El fuego que vi en sus ojos y el beso que me dio me mostraron que le había gustado mi respuesta. Eso era lo único que necesitaba en ese momento, sentirlo dentro. Saber cómo sería con él. Porque sabía que no volvería a sentirlo con nadie más.

Nos dejó a ambos completamente desnudos y me besó. No tenía nada que ver con los besos que me había dado hasta el momento. Esa vez era dulce, estaba relajado, parecía no tener prisa.

Acaricé su cuello y fui bajando por su tórax, como él hacía conmigo, disfrutando con su respiración acelerada y con sus gemidos.

Hasta que llegué y cogí su pene en mis manos.

—Como toques mucho, no voy a poder aguantarme, pequeña —gimió.

—Es que no quiero que te aguantes —me miró fijamente.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con fuego en los ojos.

Cogí aire, con él no tenía por qué cortarme en pedirle lo que fuera y la poca inseguridad que había podido sentir a su lado, había desaparecido.

—Quiero que me folles.

—Joder —gruñó y entonces me devoró. Como quería que lo hiciera. Como necesitaba que lo hiciera.

No podría explicar la sensación de sentir su cuerpo, desnudo por completo, pegado al mío.

Los dos de lado, mi pierna en su cadera y él refregándose con mi sexo mientras agarraba mis pechos y los metía en su boca. Sentía un dolor exquisito en el vientre, la excitación por cada uno de sus besos, de sus movimientos...

—Marcos...

—Aún es pronto, pequeña —volvió su boca a la mía y agarró mi labio con sus dientes.

—No lo es —gemí, cogí una de sus manos y la puse en mi sexo—. Estoy empapada.

—No tanto como yo quiero —me tumbó de espaldas y se puso sobre mí. Besó mi mandíbula, mi cuello, mis pechos, mi vientre...

Dios, como llegara ahí, iba a terminar bastante rápido.

Un beso en el pubis, abrió los labios y besó mi clítoris.

—Mierda, Marcos —refunfuñé cuando se quedó quieto, su aliento en mi sexo.

Escuché una risita y resoplé. Yo no estaba para juegos. Así que bajé mis manos y apreté su cabeza contra mi sexo. Y joder, ahí sí que no puede más.

Cuando su lengua entró en mí, me puse a temblar. Apreté más el agarre de su cabeza hasta que mi cuerpo dejó de convulsionar y lo solté. Se tumbó a mi lado y me acarició la cara hasta que abrí los ojos y lo miré.

—Eso ha sido... —no tenía palabras. Puse mi mano en su nuca y lo atraje hacia mí. Lo besé, excitándome con mi sabor en su boca— No sabía que sería así —suspiré cuando terminó el beso.

—¿El qué? —preguntó con curiosidad.

—El sexo oral.

—¿Nunca lo has hecho?

—Nunca he dejado que me lo hicieran —sonreí, avergonzada.

—¿Y por qué hoy? —preguntó seriamente.

No sabría explicarle. Porque me había apetecido. Porque lo había deseado. Porque lo necesitaba. Porque...

—Porque eres tú —era, simple y llanamente eso—. Y contigo me siento libre.

Me dio un largo y dulce beso en los labios y me miró, sonriendo.

—Yo tampoco lo hago.

—Te quedas conmigo —reí.

—No —dijo con seriedad—. Es demasiado íntimo, así que siempre lo esquivo porque no suele apeteecerme nunca. No lo sé, es como darles más de lo que quiero dar, sería demasiada intimidad.

—¿Y por qué lo has hecho? Por mí no tenías que...

—Shhh... —puso un dedo sobre mis labios— Porque eres tú y quería hacerlo.

Me quedé mirándolo a los ojos y lo besé. Me había dejado sin palabras, no me esperaba nada así, pero lo creía.

Marcos siempre intentaba agradar, ver a la gente feliz, pero no mentía para conseguirlo.

Me gustaba que entre los dos hubiera ocurrido algo especial. Un recuerdo bonito que siempre guardaríamos en nuestras mentes.

Se separó de mí y cogió un preservativo de la mesilla de noche.

—Por fin —suspiré, provocando su risa.

—¿Tantas ganas tienes?

—No lo sabes bien.

—Te aseguro que lo sé —se colocó encima de mí —Tampoco lo hice nunca sin protección.

—¿Por qué no?

—Demasiada intimidad.

—Entonces estamos igual, aunque tome la píldora, jamás sin preservativo.

—Chica precavida —comenzó a entrar poco a poco—. Joder, sí que estás cerrada. ¿Desde cuándo, Dani?

—Hace bastante... No te cortes, Marcos. Lo quiero fuerte.

Lo hizo, entró en mí con un solo movimiento y nos quedamos los dos completamente inmóviles, casi sin respirar.

—Marcos... —suspiré cuando pude.

—Solo quiero oírte decir mi nombre —me besó mientras salí y entraba de nuevo en mí—. Necesito oírtelo decir.

—Marcos.

Dejó caer su peso sobre mí, sus manos en mi cara, besándome sin parar, porque yo no quería que lo hiciera. Y él entrando y saliendo de mí hasta que los dos estallamos, rompiéndonos en mil pedazos. Terminando abrazados y en silencio hasta que nuestros cuerpos se relajaron.

—Debe de ser tarde —bostecé.

—Ajá...

—Tendría que irme a casa.

—No.

—Pero Marcos...

—Te quedas aquí, pequeña. Conmigo, en mi cama. Ya volverás a casa mañana.

—¿Eso entra dentro del pacto? ¿El dormir juntos?

—No lo sé... Dímelo tú —su cuerpo se había puesto en tensión.

Acaricié su pecho y le di un beso en el cuello.

—Supongo que el día que decidamos pasarlo juntos, podremos dormir juntos. Hasta que llegemos al mes.

Me dolía nombrarlo, pero sabía que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Con él las reglas eran sencillas.

Y lo que sentía por él tendría que guardármelo. No podría decirle que me había enamorado de él.

Pero como me había dicho Marta, mejor vivir el día a día y no pensar en más.

Él había accedido a más de una vez. El tiempo que quisiera pasarlo conmigo, lo disfrutaría al máximo antes de que saliera corriendo.

—Al mes...

—Sí, sé bien tus reglas, puedes estar tranquilo.

Lo escuché respirar profundamente y acaricié su pecho. Suponía que para él también tenía que ser incómoda la situación.

—Hoy dormimos juntos, así que no le des más vueltas a la cabeza —me colocó bien sobre su pecho y acarició mi pelo.

—Pero es que Marcos...

—¿Qué quieres, piojo? —preguntó como hastiado y yo le di con el puño en el costado, haciéndolo reír.

—No sé tú, pero yo tengo un hambre que me muero.

—¿Ahora?

Levanté la mirada y puse mis ojos de cordero degollado. Siempre

funcionaba.

—Sí, ahora. Apenas comí en casa de tus amigos por estar pendiente a ti.

—También son tus amigos.

—Bueno, sí. Claro que lo son.

—Y yo también estaba pendiente a ti.

—Lo sé —sonreí.

—Pero no por ello dejé de comer —soltó una carcajada.

—Serás capullo —reí—. O me pones algo de comer o me voy a mi casa.

Me miró seriamente.

—Ya tenga que atarte que no sales de mi cama esta noche. Así que... Voy a ver qué encuentro por ahí.

—Ojalá y sea algo con chocolate —gemí.

—Aquí no venden tu favorito.

—¿Recuerdas cuál es mi favorito?

—¿Cómo no hacerlo? Las pataletas que liabas en navidades si no lo tenías... —rio.

—Siempre he sido caprichosa —suspiré.

—Y lo sigues siendo —me dio un beso y se levantó, se puso el bóxer.

Sonreí mientras lo vi marcharse. Él era mi último capricho. O eso era lo que pensaba que sería. Pero después de lo que había ocurrido entre nosotros, dudaba de que fuera algo pasajero.

Suspiré. Había terminado en la cama no solo con el mejor amigo de mi hermano, que ya por eso, si se enteraba, me encerraría de por vida. Sino con uno de los mayores mujeriegos que conocía. Quien se había convertido en mi mejor amigo y en una de las personas más importantes de mi vida.

Estaba loca, pero no me arrepentía de nada de lo que había sentido con él.

Aunque estaba segura de que nuestra historia tendría fecha de caducidad y que el día que todo terminara, porque él terminaría aburriéndose de mí como lo hacía con todas, yo iba a pasarlo mal, por muy concienciada que estuviera.

Pero no por ello iba a dejar de disfrutar el poco tiempo que pudiera tener junto a él.

Tenía que vivirlo al máximo.

Capítulo 14



Un mes...

Cómo odiaba la maldita regla que yo mismo había puesto.

Era de madrugada y la tenía abrazada a mí, con su cabeza apoyada en mi pecho, completamente desnuda y durmiendo plácidamente.

Y yo no podía pegar ojo porque solo pensaba en que ella creía que cuando pasara un mes, yo huiría.

¿Lo haría?

Joder, no podía estar pensando en eso. No quería pensar en que lo nuestro tenía una fecha límite porque ella no era como las demás.

La había tocado en esa habitación la noche anterior y no había sido suficiente. La había hecho mía dos veces esa noche, en mi cama, y tampoco tenía suficiente.

Me sentía diferente, raro, extraño... No sabría explicar qué era exactamente, solo que no me sentía vacío.

Y, por eso mismo, no quería pensar en la maldita regla del mes.

Pero ahí estaba. Y si no huía yo, tal vez lo hacía ella en cualquier momento. Fuera como fuese, uno de los dos iba a salir herido y nuestra amistad ya no sería la misma.

Por eso solo tenía que centrarme en disfrutar cada momento en el que ella estuviera conmigo.

La dejé con cuidado sobre la cama y me levanté, me puse un bóxer y me quedé mirando la ciudad por la ventana del salón. La ciudad dormía, tranquila, como lo hacía la mujer que me tenía completamente loco.

Las calles ya iluminadas por la próxima Navidad. Estaba todo precioso.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, mirando a la nada, perdido en mis pensamientos.

—Marcos...

Me sobresalté al escuchar su voz y me giré.

—¿Te desperté? —se había puesto mi camisa y sonreí al verla.

—Me preocupé al no verte en la cama. ¿Estás bien?

Alargué una mano para que se acercara a mí. Lo hizo dudosa. Sonreí cuando agarré su mano y tiré de ella, hasta pegarla a mi cuerpo. Le di un beso en los labios y la giré, su espalda en mi pecho y los dos mirando la ciudad.

—Qué bonito se ve todo —susurró, mirando las luces.

—Cuando era pequeño y mis padres discutían, cuando algo me preocupaba, yo siempre me sentaba en el poyete de la ventana y miraba la calle. Las luces por la noche, la luna y las estrellas si se veían...

—¿Por eso, cuando dormías en mi casa, salías al porche?

—Sí —sonreí, no sabía que me había visto en algún momento así.

Se giró entre mis brazos y me miró a los ojos.

—¿Y qué te preocupa ahora? —susurró.

Levanté una mano y acaricié su mejilla.

—Nada —mentí y sonreí—. Lo único que quiero es vivir cada momento.

—Es lo que hay que hacer, la vida es efímera.

—Lo sé —le di un beso en la frente—. Pero ya estamos nosotros para vivirla al máximo.

—Sí... Solo que ¿podemos dormir antes de eso? Porque como no recargue las pilas... —suspiró, haciéndome reír.

—Prefiero hacer otras cosas antes de dormir —dije con voz ronca, desabrochando mi camisa de su cuerpo—. Si es que me dejas...

—Soy toda tuya esta noche.

La miré a los ojos y deseé que las últimas palabras no hubieran salido de su boca.

Pero había dicho la verdad. Lo único que tenía que conseguir es que existieran más noches como esa.

Descubrí su cuerpo y dejé que la camisa cayera al suelo. No tenía nada debajo, así que podía observarla a gusto.

—Marcos... Me pones nerviosa.

Levanté la mirada hasta sus ojos y sonreí.

—¿Por qué? Me gusta lo que veo.

—Habrás visto cosas mejores —negó con la cabeza.

Odiaba ese tipo de comentarios en momentos como ese.

—Me gusta la mujer que tengo delante. Deseo a la mujer que tengo delante.

Ahuequé su culo con las manos y la alcé, cruzó sus piernas en mi cintura y se

agarró a mi cuello. Me dio un beso ahí que me hizo estremecer.

Fui con ella en brazos hasta el dormitorio, cogí un preservativo y volví con ella al sofá. Me senté, dejándola encima de mí.

—¿Puedo ponértelo yo? —no sabía por qué me daba la impresión de que eso la excitaba.

Se lo entregué, sonriendo. Dejé que se bajara y me quitara el bóxer. Se arrodilló entre mis piernas y cogió mi pene con su mano. Se quedó mirándolo mientras “jugaba” con él.

—Dani... Lo que necesito es follarte, no que te pongas en modo curiosa ahora —resoplé.

—Me gusta tu polla —dijo con toda la naturalidad del mundo.

—Gracias, supongo —reí.

—En realidad no suelen ser bonitas.

—Supongo que no —gemí cuando apretó un poco—. A mí, desde luego, no me gustan.

—Pero la tuya es bonita —insistió.

—Aja... —no podía hablar, era súper excitante verla masturbarme con esa tranquilidad sin quitarme los ojos de encima.

—Me has dicho que puedo hacer lo que quiera.

—Sí —y me estaba arrepintiendo de ello, sabía que me iba a torturar.

—Y que el sexo oral...

—Mierda, no —gruñí cuando se la metió en la boca. Nunca lo había hecho nadie sin ponerme antes el preservativo, no me gustaba. Era muy maniático para esas cosas. Por eso tampoco se lo hacía yo a ninguna mujer, era demasiado íntimo.

Pero Dani... Dani era ella, era diferente. Con ella lo quería todo.

La sacó de su boca y me miró. Se mojó los labios y sonrió.

—¿Puedo? —preguntó con esos ojos a los que no podía negarle nada.

—Y debes —gemí, cogiendo su cabeza y haciendo que la agachara y siguiera con lo que había comenzado.

Lo hacía lento, despacio. Cada movimiento de su lengua... Cada succión era perfecta. Me iba a correr si seguía así.

—Pequeña, para —dije con la voz estrangulada.

Ella, como siempre, hizo caso omiso y todo lo contrario a lo que le había pedido. Aceleró los movimientos y succionó la punta cuando notó que iba a estallar.

Y lo hice. En su boca, dentro de ella. Y me quedé atónito cuando se levantó

tan tranquila y se sentó a horcajadas sobre mí, sonriendo.

—No me puedo creer que hayas hecho eso —estaba alucinando—. ¿No tienes ganas de vomitar?

—Pues no —frunció el ceño—. ¿Debería?

—No, no —reí y negué con la cabeza. Me daba que nunca dejaría de sorprenderme.

—Me gusta tu sabor —acarició mi labio con su pulgar.

—Y a mí el tuyo —metí su dedo en mi boca y lo chupé—. ¿De dónde me sacaste tanta práctica en eso que acabas de hacer?

—Práctica poca —rio—. Pero una se deja guiar entre lo que sabe y lo que siente.

—Pues miedo me das cuando seas una experta —cogí su cara entre mis manos y la besé, aún con mi sabor en sus labios.

—Ahora sí puedes follarme —gimió, refregando su sexo con el mío.

No tardó mucho en ponérmela dura de nuevo y menos aún tardé en entrar en ella.

Se sentía tan bien...

—Joder, pequeña —gemí cuando entré hasta el fondo.

No iba a cansarme de esa sensación nunca.

No iba a cansarme de ella.

Tenía que conseguir pasar mi maldita prueba del mes y demostrarme que lo que existía entre nosotros era diferente.

Porque estaba seguro de que sería la única mujer capaz de conseguirlo.

Y, sobre todo, tenía que demostrarle a ella que yo no tenía pensamiento de ir a ningún lado, siempre y cuando me quisiera cerca.

Porque me había enamorado de ella.

Capítulo 15



Una sola noche con él era lo que le había pedido. Hacía como dos semanas que no me despegaba de él.

Ya fuera en su casa o en la mía, saliéramos pronto o más tarde del trabajo, terminábamos los dos juntos.

Y siempre, siempre, en la cama. Era como un deseo que no podíamos saciar, suponía que algo normal al principio de una relación.

Solo que lo nuestro no era una relación en sí. Se suponía que era algo sin compromiso y con un tiempo limitado. Y que podíamos salir con terceros... O así lo entendí yo.

Pero no lo hacíamos ni ninguno de los dos volvió a sacar el tema.

Estábamos en mi casa esa tarde, en el sofá, con una manta por encima, con la televisión encendida de fondo. Él, mientras, con su móvil. Yo leyendo un libro, tumbada en el sofá y con la cabeza en sus piernas.

Su mano acariciando mi pelo y los dos en silencio.

Silencio que se terminó cuando mi móvil sonó y vi que era mi madre. Puse los ojos en blanco y me senté en el sofá.

Hablaba con ella casi todos los días. Le había dicho que salía, que había conocido a gente nueva. Así que como se lo diría a mi hermano y cuando este llamó a Marcos, él corroboró mi versión, me habían dejado ambos en paz.

Sobre ese tema, pero mi madre no iba a dejar de llamarme, eso seguro.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

—¿Has mirado ya cuándo vienes?

Mierda, ni me había acordado de que tenía que comprar un vuelo.

—Podré ir en Año Nuevo, las Navidades las tengo con guardia.

—Bueno, hija, qué se le va a hacer, las pasaré sola.

—¿Por qué sola?

—Tu hermano también viene el mismo día, así que...

—No me gusta que estés ese día sola.

—No te preocupes por mí, me iré con mis hermanas. Pero para Nochevieja os quiero aquí a los dos.

—Estaré allí —miré a Marcos. No había hablado con él de eso, ni siquiera sabía cuáles eran sus planes.

La relación con sus padres no era excelente, nunca se habían llevado demasiado bien. Sabía, por mi hermano, que Marcos prefirió cortar cualquier tipo de comunicación con ellos y que solía celebrar esas noches con amigos.

Pero debería haberle preguntado.

—Estoy deseando que llegue el día —dijo emocionada, haciéndome sonreír—. ¿Tú cómo estás, cariño?

—Bien, mamá. Quédate tranquila que estoy bien.

—¿Marcos te está ayudando?

—Sí —carraspeé—. Marcos me ayuda mucho —dije llamando su atención y haciéndolo sonreír. Se acercó a mí y mordió mi cuello—. Quita —me quejé, susurrando.

—Ay, cariño, ¿no estás sola? No me digas que estoy interrumpiendo yo algo, por Dios —seguro que se estaba persignando.

—No molestas, mamá. Marcos está aquí, vino para invitarme a cenar —no era mentira, solo que trajo la cena antes de la cuenta, después se calentaría. Y después de una buena sesión de sexo, nos tumbamos un rato en el sofá.

—Ay, Marcos, ¡cuántas ganas tengo de verlo! —gritó tanto que tuve que despegarme el móvil de la oreja a riesgo de quedarme sorda.

Él se rio, la había oído.

—Puedes decírselo a él, mamá, te está escuchando.

—¡Marcos!

—¡Hola! —rio él.

—¿Cómo estás, mi niño? Hace mucho que no sé de ti. Bueno, lo que me cuenta mi hijo, que es casi nada.

—Bien, todo bien. Supongo que tú tan guapa como siempre —lo dijo tan encantador que tuve que poner los ojos en blanco al escuchar la voz de quinceañera de mi madre con su respuesta.

—Una hace lo que puede, pero los años no pasan en valde.

Me la estaba imaginando, pasándose la mano por el pelo y roja como un tomate por el piropo del guaperas encantador que tenía a mi lado.

Su poder sobre las mujeres era increíble.

—Siempre serás guapa y siempre lo serás —él, dorando aún más la píldora.

—Gracias, mi niño, tú siempre tan encantador —suspiró ella—. Oye, ¿y tú qué haces en Año Nuevo?

Oh, mierda, sabía lo que seguía.

—Nada, quedaré con unos amigos, como siempre. Poco más, el trabajo no me deja muchos días libres.

—Pues eso no puede ser. Así que hazme feliz este año y vente a casa con Daniela. No serán muchos días, seguro que te dejan en el trabajo.

—Yo... —él se quedó mirándome y yo sonreí.

Sabía que estaba esperando mi respuesta, que quería saber qué pensaba yo. Él y yo no éramos los únicos que teníamos una historia. Él siempre había sido parte de mi pasado, de mi familia.

Me alegraba que mi madre lo invitara.

Y yo quería ir con él.

—No me pongas excusas, Marcos. Que estoy entrenada para detectarlas a kilómetros —le advirtió mi madre y los dos soltamos una carcajada.

—Es que no sé...

—Vendrá conmigo, mamá. Ya me encargo yo de eso —dije con seguridad.

Él me miró con las cejas enarcadas. Yo le guiñé un ojo.

—Ay, qué feliz me hiciste. Bueno, os dejo, tengo mucho que preparar. La habitación para Marcos también —ya estaba nerviosa perdida—. Avísame cuando sepas la hora exacta a la que llegas, Dani.

—Lo haré, mamá.

—Te veo pronto, Marcos.

—Un beso, preciosa.

—A besos te voy a comer, sí —dijo ella antes de colgar.

Los dos soltamos otra carcajada.

—No cambia —dijo él entre risas.

—Yo la di por perdida hace mucho —resoplé, divertida.

—¿Qué es eso de que iré contigo?

Me senté a horcajadas encima de él.

—Tenía que haber sido yo quien te lo pidiera, ni cuenta me di. ¿Tienes planes? Si es así...

—No tengo planes, pero no sé si es bueno que tú y yo aparezcamos juntos por tu casa. Tu hermano... No quieres que se entere.

—Nadie tiene por qué darse cuenta de nada. Lo llevaremos bien. Y solo serán dos días.

—Dani...

—Si no quieres pasarlo conmigo, está bien.

—No empieces con las idioteces —cogió mi cara entre sus manos y me dio un beso—. No quiero hacer nada que tú no quieras. Y me va a costar la vida no poder tocarte esos días.

—Tampoco es para tanto —reí.

—Ya te digo yo que sí —me quitó el jersey—. Iré si quieres que vaya —dijo con seriedad.

—Gracias —sonreí.

—E intentaré mantener mis manos lejos de ti.

—¿Intentarás? —elevé mis cejas.

—Lo haré —resopló—. Pero serán dos días duros, así que tendrás que dejarme bastante satisfecho hasta entonces.

—Mmmm... —me moví encima de él, sensualmente— No creo tener problemas con eso.

Acabamos desnudos, en el sofá y dormidos. Ni de cenar nos acordamos.

Capítulo 16



Se me habían pasado los días volando y, cuando me quise dar cuenta, ya estaba aterrizando en España.

Dani y yo habíamos recogido las maletas e íbamos hacia la salida cuando tiré de ella y la arrinconé. La besé, porque seguramente no podría hacerlo en los siguientes dos días.

Iba a ser el infierno para mí.

En Londres no tenía que fingir, no teníamos que escondernos de nadie.

Pero con su familia era otro cantar. Suponía que ella no estaba segura de lo que ocurría entre nosotros y de ahí el querer que, sobre todo su hermano, no supiera nada.

Eso y que podía partirme la cara si se enteraba de que había tocado a su hermana, pero me daba igual mientras la tuviera cerca.

—¿Estás loco? —rio.

—Tengo que aprovecharme —volví a besarla e ignoré las risitas de la gente. Me separé de ella y la miré.

—Yo también te voy a echar de menos estos días —sonrió.

—Vamos o te lo hago aquí mismo —resoplé.

Salimos y ahí estaba David. Mi mejor amigo, mi hermano. El que me iba a partir la cara si se enteraba que no solo había ayudado a su hermana a salir, sino que me estaba acostando con ella e instruyéndola en mucho más.

—Me costó creerme que venías —rio al verme—. ¿El aire de Londres también te afectó a ti? —me dio un abrazo y yo le correspondí.

—La culpa es tuya, a tu hermana se le metió entre ceja y ceja.

—Lo que no consiga ella... —le guiñó un ojo y le dio un abrazo y un beso. Al separarse, me miró, la miró a ella quien tenía puesta una cara de inocente que no le pegaba nada y volvió a mirarme a mí.

Tragué saliva, esperando que no se hubiera dado cuenta de nada o a su

hermana le iba a dar algo.

—Mamá está atacada de los nervios, teníais que haber llegado ayer, no el mismo día de la cena —resopló y cogió la maleta de su hermana.

—No podía con el trabajo y demasiado que me quedaré hasta mañana.

—Creía que tú debías de quitarle la obsesión por el trabajo —dijo mirándome.

—¿Yo? Demasiado que la obligo a veces a salir, no pidas tanto...

Me miró de arriba abajo y pareció quedarse satisfecho con la respuesta.

Una hora en la carretera con la cantidad de tráfico que había para llegar a su casa. Qué de tiempo sin pisar mi ciudad.

Su madre nos esperaba en el porche y nos recibió con gritos de alegría, con abrazos y con besos.

—Cualquiera diría que hace años que no la ve —resopló David mientras sacábamos las maletas del coche.

—Déjala disfrutar, os echa de menos.

—No le da tiempo, si cuando no habla conmigo, habla con ella —señaló a su hermana—. Pero bueno, a estas alturas no espero que cambie.

—No lo hará —reí.

—¿Una cerveza?

—La verdad es que prefiero refrescarme un poco antes, pero te la acepto después.

—Perfecto —lo seguí dentro, hasta la que sería mi habitación, al lado de la de él y frente a la de su hermana, habitación que había ocupado más de una vez muchos años atrás—. Voy preparando algo de picar, lo que me deje mi madre porque tiene la cocina...

Me lo podía imaginar, estaría con todo por medio preparando la enorme cantidad de comida de siempre.

Abrí la maleta y agradecí tener baño propio. Me metí en la ducha, con la sola idea de refrescarme un poco hasta que escuché cómo se abría la mampara.

Me giré y la vi, sonriendo.

—¿Estás loca? Te van a ver.

—No, me aseguré de que no.

—¿Y para qué te arriesgas?

—Porque quiero un beso —dijo con una sonrisa picarona.

Me acerqué a ella, cogí su cara entre mis manos y la besé, mojándola entera al pegarla tanto a mí.

—¿Quieres más?

—No —gruñó, decepcionada—. Mejor me voy.

—Mejor, sí...

—Vaya mierda de días —refunfuñó mientras salía del baño, haciéndome reír.

Al menos me animaba saber que no solo serían días malos para mí, sino también para ella.

Salí rápido de la ducha, me vestí y bajé a la cocina. Allí estaban Dani y su madre cocinando. Sonreí al verla con el delantal y con las manos en la masa.

—David está fuera, cariño, te espera —sonrió su madre.

Le guiñé el ojo a Dani y salí en busca de su hermano. Estaba sentado en el porche, con las cervezas preparadas y un par de platos con jamón, queso y alguna cosa más.

—Joder, me moría de hambre —dije cogiendo de todo y devorándolo.

—Hacía años que no estabas aquí.

—Demasiados. Y qué de recuerdos —cogí la cerveza y me acomodé en la hamaca.

—La veo bien —dijo tras unos minutos en silencio.

—¿A Dani?

—Sí, se ve que está feliz. Me alegra que hayas conseguido lo que creía imposible.

—No hice nada —me encogí de hombros—. Solo presentarle a buenos amigos.

—¿Hay alguien en su vida?

—No que yo sepa —mentí—. Pero sale, se divierte, le hace bien.

—Hacía mucho que no la veía con esa chispa en los ojos... En realidad creo que nunca se la vi —dijo pensativo y me miró fijamente—. Gracias.

—No tienes que dárme las.

—Hoy va a ser una noche pesada, lo sabes, ¿no? —gimió.

—Lo sé —dije soltando una carcajada.

Echamos un rato y fuimos todos a prepararnos para la cena de la última noche del año. Llegué al salón y estaban todos.

Menos a quien quería ver.

No tardó en bajar y me quedé completamente atontado cuando la vi. Con un vestido rojo, largo, ajustado a su cuerpo y con un escote que...

Empecé a toser, porque me había quedado sin aire en los pulmones.

—¿No saldrá así en Londres, verdad? —preguntó su hermano en mi oído mientras golpeaba mi espalda.

—No —dije con la voz estrangulada.

—Eso quería escuchar...

Bien, pensé. Porque era la verdad. No la había visto así en la vida. Tenía ganas de acercarme a ella y de besarla hasta que todos supieran que era solo mía.

—¿Tan mal me queda? —preguntó cuando todos la mirábamos y nadie hablaba.

—Demasiado escote —dijeron su hermano y su madre a la vez.

—Estás espectacular —dije yo y me encontré con dos pares de ojos mirándome muy seriamente—. Es verdad —la señalé.

Su madre me miraba con las cejas enarcadas. Su hermano con el ceño fruncido y ella con una mirada divertida.

Me guiñó un ojo.

Lo había hecho para provocarme, me lo estaba dejando claro.

No sabía qué era lo que pretendía, si llevarme al límite y que explotara o solo torturarme por el placer de verme sufrir.

Fuera lo que fuera, lo estaba consiguiendo.

Nos sentamos a la mesa y me tocó frente a ella. Por cómo me miro supe que la noche iba a ser muy, pero que muy larga.

Capítulo 17



La noche estaba siendo de lo más divertida. Había sido Marta quien había elegido ese vestido para mí.

Y parecía que había dado en el clavo. A Marcos parecían que se le iban a salir los ojos de las órbitas.

Me sentía traviesa y tenía ganas de llevarlo al límite. Quedaba muy poco para que cumpliéramos el famoso primer mes y podía ser el final de todo. Por eso quería disfrutar de cada instante.

Pero el tener que mantenerlo oculto a mi familia era algo que no me gustaba, como sabía que a él tampoco, aunque no me lo dijera. Lo había notado en el tono de su voz cuando habíamos hablado de ello.

Pero si las cosas salían mal... No soportaría que mi madre y mi hermano supieran por quién estaba sufriendo. Porque lo culparían y si había una culpable ahí era yo y mis malditas propuestas.

La cena fue bien, recordamos tantas cosas...

—¿Quieres que me dé un infarto? —preguntó cuando mi madre y mi hermano se levantaron para traer las uvas.

—No...

—Joder, Dani, ese vestido...

—Lo eligió Marta, me dijo que me quedaba bien.

—Ya sé a quién tengo que matar. Lo único que buscáis es torturarme.

—En realidad, mi fantasía es que me folles con él —susurré, acercándome todo lo que podía—. Porque no llevo nada debajo que estorbe.

—Joder —resopló— Como sigas enseñándomelas así —se refería a mis pechos—, te juro que me va a importar muy poco si tu hermano me parte la cara.

—¿Entonces me vas a follar o no con este vestido? —lo piqué un poco.

—Ten por seguro que te follaré —susurró.

Escuché a mi madre carraspear y vi la cara de horror de Marcos. Joder, solo

esperaba que no nos hubiera escuchado.

Pero si escuchó algo, se hizo la tonta. Y eso sabía hacerlo perfectamente bien.

Aún quedaba como media hora para las campanadas, así que pregunté si alguien quería salir a dar un paseo.

Mi madre se negó, ya estaba enganchada a la televisión. Mi hermano se había sentado en el sofá y dijo que no se movía de allí hasta el próximo año.

Miré a Marcos, esa era la mía.

—¡Pero tápate que cogerás frío! —gritó mi hermano antes de que saliera por la puerta. Como si Marcos no se hubiera encargado de ponerme la gabardina y de cerrar hasta el último botón. Y no me puso el gorro de lana, los guantes y la bufanda porque no los tenía en el perchero.

Caminamos en silencio por el jardín hasta que Marcos gruñó, agarró mi mano y me atrapó entre la pared y su cuerpo.

Me besó. Parecía estar hambriento y yo lo estaba de él. Había sido un martirio no poder tocarlo en horas.

—Me vas a matar —gimió en mis labios.

—Yo tampoco puedo más —suspiré, dejando que besara mi cuello.

Su mano había conseguido levantar mi vestido y llegó adonde más lo necesitaba.

—Joder —dije al sentir su contacto.

—Shhh... Calla, pequeña, si te mantienes en silencio, te lo doy.

Lo miré a los ojos y afirmé con la cabeza. Lo necesitaba. Pero lo necesitaba a él dentro.

—¿Qué haces? —preguntó quitándome las manos de su pantalón.

—Ayudarte.

—Estás como una cabra —rio—. Esto será para ti sola.

—Pero yo lo quiero contigo.

—Mañana... Mañana estaremos en casa y lo tendrás.

Gruñí. No quería esperar al mañana, lo quería en ese momento.

Marcos me besó para que no emitiera sonido alguno y metió dos dedos dentro de mí. Me flojeaban las piernas...

Me aguantó fuerte por la cintura y siguió masturbándome.

—Dámelo, pequeña —ordenó.

Y se lo di, aunque me pareciera pronto, aunque lo creyera imposible, se lo di.

Siguió besándome, tragándose cada gemido hasta que el beso se convirtió en algo más suave, más dulce...

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí. Gracias —le di un beso y suspiré mientras se separaba de mí.

—Ve entrando tú, yo necesito un momento —carraspeó.

—Pero... —cogió mi mano y la puso en su entrepierna— Necesito un momento solo.

—Oh... —le di un rápido beso y me fui. Deseando a que llegara esa noche para tenerlo dentro de mí.

Porque yo, ni en broma, iba a esperar al día siguiente.

Y esa noche, cuando ya supe que todos estaban dormidos, entré en su dormitorio.

—Marcos... —susurré para que supiera que era yo.

Encendió la luz de la mesilla de noche y me miró con los ojos entornados.

—Estás loca. De verdad que lo estás.

Me quité la bata que llevaba y me quedé con el vestido que había llevado en la cena.

—¿Pero me vas a follar o no? —pregunté con picardía.

No necesitó más, ya estaba a mi lado, devorándome con su boca. Hasta que terminamos en la cama, abrazados.

Bonita manera de comenzar el año.

No podía imaginar que todo podía torcerse en cuestión de horas.

Capítulo 18



—Marcos...

Miré a mi lado y saludé a David con la cabeza.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo. Se sentó en la hamaca, a mi lado y dejó la taza de café en la mesa—. ¿Qué es lo que hay entre mi hermana y tú?

—¿Entre tu hermana y yo? —joder, lo conocía y sabía que se había dado cuenta de algo— Nada —mentí, aunque lo odiara y más si la mentira era a él.

—¿Por qué será que no te creo?

—No lo sé.

—Te he visto mirarla, Marcos. Te he visto comértela con los ojos —apreté la mandíbula—. Y te he visto cómo te mira. No me tomes por un idiota porque no lo soy.

—David, yo...

—Te partiría la cara por haberla tocado. Por haberte fijado en ella. No es eso lo que te pedí cuando te dije que la cuidarás. Pero ni siquiera voy a opinar, es mayorcita para saber lo que hace. Eso sí, si le haces daño, juro por Dios que no me contendré de nuevo y te destrozaré tu bonita cara.

—¿Por qué crees que voy a hacerle daño? —pregunté con rabia.

—Porque te conozco. Porque saldrás corriendo quieras o no cuando te des cuenta de que no eres suficiente para ella. Es lo que haces con todas, ¿no?

Maldito fuera.

Ese no era el problema. El problema era “ellas”. Todas ellas.

Menos Dani.

—Tu hermana no es “todas”.

—No, ten por seguro que sé muy bien que no lo es. Y si no te estampé el puño nada más verte en el aeropuerto fue por ella.

—Pensé que tenías otro concepto de mí.

—Lo tengo. Como amigo y como hermano eres el mejor. Pero para una relación...

—¿Lo dice quien está cada día con una diferente? —escupí.

—Por eso lo digo. Porque me conozco. Y te conozco. No somos los hombres que necesitan. No podemos darles más que sexo y lo sabes. Por eso nos alejamos antes de hacerlas sufrir.

—Yo no quiero hacerla sufrir. Yo...

—¿Tú qué? Te aburrirás de ella como lo haces con todas.

No, no lo haría. Yo sentía por ella más de lo que nadie imaginaba.

—Yo solo quiero verla feliz —dije.

—Y yo. Pero dudo que tú seas su felicidad.

—¿Por qué no? —pregunté con tristeza esa vez.

—Ella merece volar.

—Yo no la tengo en una jaula, David.

—Tampoco la dejaste volar. Probar...

—Ese no es el problema. Sé claro, ¿por qué no puedo ser yo? —escupí con rabia.

—Porque ella merece más.

Se levantó y se fue, dejándome allí, completamente derrotado.

“Ella merece más.”

Merecía a un hombre mejor, según él. Y en eso estábamos los dos de acuerdo.

—Marcos...

—Hola —sonreí, con tristeza, al verla.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada, se acercó rápidamente a mí.

—Sí, piojo, perfectamente —mentí.

—Te has levantado muy temprano.

—Tú también.

—Me ha costado dormir sin ti —sonrió—. Prométeme que esta noche lo haremos.

Tragué saliva y afirmé con la cabeza.

—Te lo prometo —y me dio una punzada de dolor al ver la enorme sonrisa en su cara. Me levanté y ya, sin importarme si me veían o no, cogí su cara entre mis manos y le di un beso—. Pase lo que pase, siempre sé tú, nunca cambies por nadie.

—¿A qué viene eso?

—Promételo —insistí.

—Te lo prometo —dijo con recelo—. Pero ahora cuéntame qué te pasa.

—Nada —otro beso más y me separé de ella—. Que estoy deseando que llegue esta noche, pequeña —le guiñé un ojo—. ¿Un café?

—Por favor —sonrió, aunque sabía que no estaba para nada tranquila.

Y yo estaba hecho una mierda porque aunque me jodiera lo que David me había dicho, era la verdad. Yo no era suficiente para ella, necesitaba a alguien mejor.

A alguien con quien no tuviera que tener miedo de tener fecha de caducidad.

A alguien que, de verdad, se comprometiera con ella.

Y por el pánico que me había entrado en ese momento, estaba claro que ese hombre no podía ser yo.

Capítulo 19



Marcos había estado nervioso todo el viaje y muy extraño. Desde esa mañana lo sentía distante, como si no fuera él.

Llegamos a casa y vino un rato después, cuando dejó las maletas en la suya y tomó una ducha.

—Marcos... ¿Qué te ocurre? —pregunté cuando se sentó en el sofá.

—Nada.

—No me mientas —resoplé—. Te conozco y sé que algo te pasa. ¿Qué ocurrió en mi casa para que estés así?

—Solo estoy cansado —sonrió, pero no era una sonrisa sincera.

Tiró de mí y me senté a horcajadas sobre él.

—Te he deseado desde el primer día que te vi —susurró, acariciando mi cara.

—Yo a ti también —incliné la cabeza y acaricié su rostro con los nudillos—.

Y te sigo deseando.

—Y yo a ti —dijo como si eso le doliera—. Y quiero que me prometas algo.

—Eso suena a como si te fueras a marchar —tragué saliva.

—Prométemelo, Dani.

—Lo que sea —dije con firmeza.

—Nunca dudes de ti. Nunca dejes de ser tú, por nadie.

—Te lo prometo —tenía ganas de llorar porque veía el dolor en sus ojos y todo eso me estaba sonando a un adiós. Yo no quería eso—. Marcos, dime qué te pasa —una lágrima escapó de mis ojos. Él acercó su boca y la limpió besando mi piel.

—Que te necesito esta noche.

—Me tienes —cogí su cara entre mis manos y lo besé—. Me tienes mientras me quieras cerca.

Él cerró los ojos, como derrotado y yo lo besé. No sabía qué le pasaba, pero no iba a dejarlo solo en ese momento.

Lo besé hasta que su cuerpo reaccionó y tomó el control.

—Marcos —gemí entre sus labios. Había agarrado mi trasero y no dejaba de hacer que me moviera sobre él.

—Necesito oírte decir mi nombre más que nunca. Necesito oírte gemir más que nunca —dijo tras un movimiento brusco.

Me cogió en brazos y me llevó a la cama. Me desnudó y se tumbó a mi lado cuando se quedó sin ropa.

Estaba tumbado de lado, solo mirándome, como si no quisiera perderse un detalle de mi cuerpo.

—He odiado tu plan desde el principio —dijo de repente y yo me callé al verlo tan ensimismado, mirando cómo sus dedos tocaban mi piel—. Odiaba que intentaras estar con otros. Odiaba que creyeras que tenías que cambiar para que se fijaran en ti —levantó los ojos y me miró fijamente—. Quien no te vea, no te merece. Y eres perfecta como eres. No tienes que cambiar nada. No tienes que dejar de hablar de nada por agradar a cuatro gilipollas.

—Lo sé...

—No vuelvas a hacerlo nunca más —y entonces, cómo si el chip le hubiera cambiado, atacó mi boca, devorándome de nuevo, sacando la rabia o el dolor que sentía. No sabía lo que era.

Separó sus labios de mí y pegó nuestras frentes mientras ambos cogíamos aire.

Me dio un beso en la frente. Un beso en la nariz. Un beso en los labios. Dulce... Tierno...

—Hoy quiero que sea diferente —susurró y me dio varios besos más por toda la cara.

Pegué mi cuerpo a él y lo acaricié a la vez que él lo hacía conmigo. Tocó cada rincón de mi cuerpo, acarició mi piel por completo mientras sus labios me besaban con toda la dulzura del mundo.

Me tumbó sobre mi espalda y se colocó sobre mí. Y su miembro empezó a entrar poco a poco.

—Marcos...

—Hoy necesito sentirte de verdad —me pidió.

Asentí, yo también lo necesitaba.

—Te deseo —gimió mientras entraba por completo a mí—. Creo que siempre lo haré.

Me hizo sonreír y gemí al sentirlo plenamente.

Esa noche el sexo fue diferente. Esa noche me estaba haciendo el amor.

Y cuando llegamos al orgasmo, supe que nunca volvería a sentir nada así. No si no era con él.

Y entonces entendí todo.

—Ven aquí, pequeña —dijo poniéndome sobre su pecho y limpió las lágrimas que derramé.

Me estaba dejando. Había llegado el mes y era hora de terminar.

Se me encogió el corazón.

Y se iba a ir sin saber que estaba enamorada de él.

Capítulo 20



—Abre la maldita puerta, Marcos o te juro que la echo abajo.

Resoplé, ¿por qué no podía dejarme en paz? Me levanté del sofá y fui a abrir la maldita puerta.

—¿Qué quieres?

—Joder, ¿a qué huele? —preguntó mientras me seguía, tras cerrar la puerta

—¿Pero qué mierda te pasa, Marcos? Esto es una pocilga. Y apesta a alcohol.

—¿Y qué te importa? No estoy en horario de trabajo —me dejé caer en el sofá, ignorándolo.

Me había pedido unas vacaciones anticipadas. Había accedido. Podía hacer lo que me diera la gana. Si quería vivir entre mierda, viviría entre mierda. Y si quería pasarme el día borracho, pues lo haría.

—Joder —apreté mis sienes, la cabeza me iba a reventar.

—¿Has dormido algo?

—Tal vez lo habría hecho si no hubieras aparecido —bufé de mal humor.

—Estaba preocupado por ti. No contestas al móvil. Y menos mal que Marta me convenció de que viniera, porque no puedo creerme lo que veo. Estás hecho una mierda.

—Gracias —dije con ironía.

—Marcos... —se sentó a mi lado— No soy tu enemigo, me preocupo por ti.

—Lo sé —suspiré—. Pero no lo hagas, se me pasará.

—Date una ducha mientras recojo esto un poco y preparo café —me ordenó—. Tenemos mucho de qué hablar.

—No lo haré.

—Lo harás —dijo enfadado—. O te obligaré a hacerlo.

—Eres un puto grano en el culo —dije enfadado.

Me levanté y fui al baño. Lo que fuera con tal de que se callara. Y porque sabía que no amenazaba en balde.

Un rato después estaba sentado a la mesa de la cocina, había dejado todo recogido y tenía una taza de café y un par de pastillas en la mesa.

—Gracias —dije tras tomármelas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con suavidad.

—Lo sabes de más, Marta lo sabrá.

—Te lo pregunto a ti, Marcos. Quiero que me lo cuentes tú.

—La dejé.

—Desde luego, es un buen resumen de lo que hiciste.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque merece a alguien mejor que yo.

Carlos me miró como si me hubieran salido siete cabezas.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Es la verdad. Estoy jodido. Se ha enganchado a mí y no la he dejado volar. Y merece a un tío mejor que no le tenga pánico al compromiso.

—Sabía que eras gilipollas, pero esto ya es otro nivel.

—Gracias —el sarcasmo en mi voz.

—¿Y me puedes explicar de dónde te sacaste toda esa sarta de gilipolleces, Marcos? Porque no lo entiendo.

—David se dio cuenta de lo que había entre su hermana y yo y me abrió los ojos.

—¿Él te dijo que no eres suficiente para ella? —preguntó enfadado.

—Básicamente, sí. Y es verdad, mira cómo salí corriendo cuando hicimos el mes —no lo vi venir y caí al suelo—. ¡¿Pero qué haces?! —me levanté gritando y masajeando mi mandíbula, su puño me había dejado KO.

—Ya que parece que no te dio la hostia tu “amigo”, si es que a ese hombre se le puede llamar así, por liarte con su hermana, te la doy yo por ser gilipollas —se masajeó los nudillos—. Yo no sé qué buscaba tu “amigo” con lo que te dijo, si una reacción en ti o que de verdad dejaras a su hermana y la verdad es que me importa una mierda. Te estás comportando como un maldito cobarde —apreté la mandíbula y volví a sentarme—. ¡Habla, joder!

—¿Y qué quieres que te diga? Lo soy. ¿Contento?

—No... No me pone contento el verte así. ¿Por qué te destrozas de esa manera?

—Porque no le quiero hacer daño a ella —dije con sinceridad.

—El daño ya se lo has hecho, maldito imbécil. Y lo peor es que te lo has hecho a ti mismo.

—Es fuerte, lo superará. Tampoco soy para tanto.

—¿Y tú? ¿Lo vas a superar tú? Porque no sé si te lo has reconocido, pero estás enamorado de esa mujer.

—¿Crees que no lo sé?! —grité— Lo sé y desde hace mucho tiempo.

Maldito fuera por hacerme recordar lo que sentía por ella. Me dolía el pecho de tanto que la echaba de menos.

Me dolía el pecho por lo que la quería.

—Y aun así te has ido... Te lo advertí, sabía que esto iba a pasar. Te dije que fueras claro desde el principio.

—Ella sabía lo que había, Carlos.

—Sí y sé que ella misma te dijo que desaparecería de tu vida cuando llegase el mes si sentía más. Que no te pediría nada ni te reprocharía nada.

—Sabes muchas cosas...

—Sí, porque la he tenido llorando horas en mi casa por tu maldita culpa, cobarde.

Me dolía el pecho al escuchar eso.

—Nunca quise hacerle daño.

—No haberla dejado entonces. Porque si lo hiciste porque no sientes nada por ella como te pasa con todas, lo entiendo. ¿Pero que dejes ir a la única mujer por la que has sentido algo en toda tu vida porque crees que le estás haciendo un favor cuando en realidad solo la has hecho sufrir? Es algo que no podré entender nunca. Y ni siquiera has tenido el valor de decirle lo que sientes.

—¿Para qué? ¿Para que me rechazara? Porque también me dejó claro que respetaría el mes.

Carlos puso los ojos en blanco.

—Pedazo de subnormal, ¿cómo no hacerlo? Creía que era la única forma de acercarse a ti. Mira, te juro que no puedo contigo.

Se levantó furioso.

—¿Te vas?

—Claro que me voy, porque me asquea verte así. Yo nunca te creí un cobarde, Marcos.

—Carlos...

Lo hice pararse antes de llegar a la puerta. Se giró y me miró, elevando las cejas.

—¿Cómo está? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Asumiendo que la dejaste. Sin culparte por ello. Pensando que todo fue porque ella no lo hizo del todo bien. Y asumiendo que debe dejarte marchar y

que tiene que seguir con su vida.

—Dile que... —me callé, ¿qué le iba a decir?

—Marta la animó a salir esta noche con sus compañeros. Tal vez, en una de estas, conozca a un hombre que de verdad se arriesgue. Por ella —abrió la puerta—. Tu amigo tenía razón, Marcos. Ella merece a alguien mejor que tú.

Dio un portazo y se fue, dejándome más mierda de lo que ya me sentía.

Saqué toda la rabia que tenía dentro y golpeé varias veces la pared. Me daba igual si me destrozaba los nudillos, pero necesitaba sacarlo todo.

Malditos fueran todos y maldito yo por haberla dejado.

—Joder —gemí y me dejé caer al suelo, dejando que saliera todo a la superficie, sin importarme si lloraba sin consuelo.

La quería y ella había pensado no ser suficiente. ¡Yo no era suficiente! Ella era perfecta, ¿no lo había entendido?

—Te echo de menos —susurré entre sollozos.

Le había hecho daño y mi amigo tenía razón, era un cobarde.

Me había marchado sin una palabra. En mitad de la noche. Sin darle una explicación.

Era un mierda y merecía a alguien mejor que yo.

Me levanté y cogí su gorro, el que me había llevado de su casa. Lo tenía debajo de un cojín del sofá. Me tumbé y lo olí. Aún olía a ella.

Cerré los ojos, imaginando que seguía junto a mí.

Capítulo 21



No lo había pasado bien los últimos días. Solo Marta y Carlos sabían lo que me ocurría y gracias a ellos podía sobrellevarlo.

Cuando me levanté al día siguiente de estar con Marcos, él ya había desaparecido. Sin una nota, sin un mensaje. Nada.

Sabía que lo nuestro tenía fecha de caducidad, yo misma le había dicho que me marcharía llegado el momento. Solo que lo olvidé. Olvidé la fecha, olvidé la promesa.

Olvidé todo lo que no era él.

Porque, en el fondo, tenía la esperanza de que, para él, lo nuestro también fuera diferente. Pero terminó tratándome como a las demás.

No lo culpaba. Todo era por mi culpa. Por mis propuestas, por mis deseos. No lo odiaba.

Pero sí me dolía. Y más de lo que me habría podido imaginar.

Así que cuando conseguí sacar todo el dolor, tomé el consejo de Marta. Tenía que seguir con mi vida.

No me apetecía nada salir con mis compañeros, pero tampoco quería quedarme en casa llorando otra noche más. Ni, mucho menos, seguir molestando a Carlos y a Marta con mis problemas.

Se habían portado muy bien conmigo, pero también eran amigos de Marcos. Y él también los necesitaría. Y no me gustaría que pensarán mal de él.

Me puse la bufanda, los guantes y uno de mis gorros. El que traje del viaje no lo encontraba. Abroché la gabardina y salí de casa.

Hacía frío, menos mal que el pub estaba cerca. Tardé poco en llegar y saludé a todos con un abrazo. Y dejé a Marcos fuera de mi mente, al menos lo intenté.

—¿Daniela?

Miré a mi compañero Brian. Me miraba con preocupación.

—Dime —sonreí.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí.

—¿Quieres dar un paseo? Tal vez te venga bien un poco de aire.

Quizás tenía razón, asentí con la cabeza, nos despedimos de los demás y nos marchamos.

Caminamos un buen rato y, sin darme cuenta, estaba llegando a mi casa.

—Vivo allí —señalé. No habíamos hablado en todo el camino, solo caminado en silencio y me sentía algo avergonzada.

—Te acompaño hasta la puerta, necesitas descansar.

—¿Tan cansada se me ve? —intenté bromear.

—Cansada y algo extraña.

—Nada que no se arregle con tiempo, Brian.

—Lo imagino... Si necesitas algo, cuenta conmigo.

—Gracias —me paré frente a él y le sonreí sinceramente.

Nunca me había fijado en él como hombre, pero la verdad es que era bastante atractivo. Era neurocirujano, así que le encantaba hablar de lo mismo que a mí. Un hombre correcto, educado y amable que me miraba de manera diferente en ese momento.

Acercó su cabeza a la mía y ni tiempo tuve para reaccionar cuando ya me había besado.

—Me gustas, Dani.

—Brian, yo...

—Tranquila, solo quería que lo supieras. Ojalá y algún día me des la oportunidad de conocerme. Ahora vete a descansar esa mente —me guiñó un ojo y yo sonreí.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Daniela.

Lo vi alejarse y suspiré. Cerré los ojos y volví a pensar en Marcos.

Tal vez, con el tiempo, alguien volviera a hacerme sentir. Pero sabía muy bien que nunca nadie como él.

Me giré y me quedé de piedra cuando lo vi en el portal, saliendo de entre las sombras, con los puños preparados y el cuerpo en tensión. Tensión que notaba cuanto más me acercaba.

—Marcos... —no sabía si alegrarme de verlo o mandarlo a la mierda.

—¿Te has acostado con él? —preguntó furioso y encendió la mecha de la rabia en mí.

—¿Con qué derecho te crees tú para preguntarme eso?

—¿Lo has hecho, Dani? —insistió.

—¿Qué te importa? —pregunté rabiosa.

—¿Has sido tú o has fingido ser otra?

Lo dijo para lastimarme y no me lo podía creer. Levanté la mano para darle la bofetada que se merecía, pero fue más rápido que yo y la cogió al vuelo, tirando de mí hasta pegar nuestros cuerpos.

—Eres un gilipollas, Marcos.

—¿Te ha gustado el beso? —preguntó con nuestros labios muy juntos— ¿Te ha hecho sentir, Dani?

—Imbécil... —gemí cuando sus labios rozaron los míos y me odiaba por responder así ante él, por sentirme débil— ¿Estás borracho?

—Nadie te hará sentir como yo, ¿verdad? —siguió.

Me besó. Con rabia y con deseo. Fue un beso duro, un beso con el que me estaba castigando. Un beso con el que sabía quería borrar la huella del otro.

Fue un beso posesivo y que yo no iba a permitirle.

Me deshice de su agarré y esa vez me di de lleno con toda la mano abierta.

—No tienes ningún derecho a pedirme explicaciones, Marcos —dije con rabia—. Me dejaste como si fuera una más. Te marchaste sin darme la cara. Así que ahora no vengas a preguntarme qué es lo que hago con mi vida. Haré lo que me dé la gana, porque tú fuiste quien se marchó de ella. ¿Te ha quedado claro?

—Las cosas no son como crees.

—¿Qué no es como creo? —reí con ironía— ¿No me dejaste en mitad de la noche? ¿No saliste corriendo cuando cumplimos un mes?

—Sabías que...

—Sí, sabía el problema que tenías con tu maldita regla. Pero ¿sabes qué? Que sentí que, al menos, por la amistad que nos unía, me darías un adiós. Pero no... Te fuiste sin dar la cara.

—Pequeña... —dijo con tristeza.

—No vuelvas a llamarme así —las lágrimas comenzaron a salir sin control. Intentó limpiármelas, pero me alejé de él—. Te cargaste nuestra amistad. Intenté entenderte y no te he culpado por ello. Pero... ¿Qué pretendes? ¿Aparecer así y pedirme explicaciones porque he seguido viviendo sin ti?

—Déjame explicarte.

—Es que ya no quiero que me expliques nada, Marcos —dije, rendida—. Ya no quiero volver a saber de ti.

—No digas eso...

—Vete —dije furiosa—. Vete y, por favor, no aparezcas más. No me hagas

más daño.

En ese momento apretó las mandíbulas e hizo un gesto de rendición con la cabeza. Me miró unos segundos, el dolor en su mirada y se marchó.

Dejándome destrozada otra vez.

Me dolía el pecho por haberlo visto de nuevo. Por no poder tocarlo.

Todavía lo sentía en mis labios, su cuerpo pegado al mío.

Lo deseaba, pero no por ello iba a perdonarle el daño que me había hecho tratándome como a una más.

Llamé a un taxi y, pocos minutos después, estaba llamando a la puerta.

—¿Dani? ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Mi amiga Marta me miró preocupada, se abrochó la bata y me hizo entrar en casa mientras ponía su brazo sobre mis hombros.

—No sabía adónde ir... Lo siento...

—Tranquila, esta es tu casa.

—¿Qué ha pasado? —Carlos llegó rápidamente y me miró preocupado.

—Prepara algo caliente, cariño, por favor —le pidió su mujer mientras me llevaba hacia el sofá.

Se sentó a mi lado e intentó calmarme, pero yo me sentía idiota por no poder dejar de llorar.

—Toma, te vendrá bien —dijo Carlos ofreciéndome una taza de té.

—Gracias...

—Dani, ¿qué pasó? —preguntó mi amiga.

—Es Marcos.

—¿Qué hizo ahora el gilipollas de mi amigo? —resopló Carlos.

—Estaba esperándome en el portal de mi casa —Carlos elevó las cejas—.

Vino a pedirme explicaciones.

—¿Explicaciones? —preguntó Marta.

—Vio cómo otro me besó.

—Ah —sonrió Carlos.

—¿Por qué sonríes? —fruncí el ceño.

—Por nada —dijo rápidamente.

—¿Y qué pasó? —Marta estaba impaciente.

—Nada, le di una bofetada cuando me besó preguntándome si con el otro sentía lo mismo que con él y le dije que no quería verlo más —me limpié otra lágrima y miré a Carlos cuando soltó una carcajada.

—Sabía que iba a funcionar —dijo entre risas.

—Yo también lo tenía claro —sonrió Marta.

—¿De qué habláis?

—Ir a verlo y, por cierto, no sé desde cuándo no se duchaba, esa casa es una pocilga. Le dije cuatro verdades a ver si espabilaba. Y... Bueno... También le dije que saldrías esta noche.

Lo miré con ganas de asesinarlo y su mujer soltó una carcajada.

—Lo picaste bien —rio ella al final.

—¿Por qué hiciste algo así?

—Estaba preocupado por él, Dani y con razón cuando lo vi. Estaba hecho un desastre. Lo está pasando mal.

—Pues no debería, él se marchó —dije con rabia.

—Ya... Pero quizás deberías dejar que te explicara, cariño —sonrió Marta, con comprensión—. Porque las cosas no son tan simples.

—¿Explicarme qué?

—Todo —dijo Carlos—. Es un gilipollas y lo hizo mal, pero ¿no puedes darle una oportunidad?

Me quedé mirando a los dos. ¿Qué era lo que sabían que yo no?

—Salió huyendo, como hace con todas. ¿Para qué voy a ir yo a él?

—Porque necesitas una explicación. Y te aseguro que no te va a gustar nada lo que te va a contar —resopló Marta.

—Ya, Marta, es cosa de ellos —le riñó su marido.

—No entiendo qué es lo que tiene que contarme que pueda ayudar a nada. Me dejó como las deja a todas. Yo sabía que ocurriría, yo misma le dije que me marcharía si sentía más.

—Las cosas no son siempre tan fáciles, Dani y todo el mundo merece una segunda oportunidad. Hasta el gilipollas de mi amigo —resopló Carlos.

Me quedé mirándolos a los dos y recordé a Marcos, un rato antes, delante de mí. Enfadado, triste, desmejorado... Queriendo borrar la huella de otro hombre en mí. Si era así, si sentía algo por mí, ¿por qué se había marchado?

—¿Adónde vas? —preguntó Marta al irme.

—No me voy a quedar tranquila hasta que me entere de lo que está pasando.

—Entonces vamos contigo —dijo ella, levantándose también.

—No hace falta que...

—Cinco minutos, el tiempo de vestirnos —rio Carlos—. Yo esto no me lo pierdo.

Puse los ojos en blanco, parecía que teníamos todos quince años.

Unos minutos después estábamos en el coche, iba a buscar a Marcos y a encararlo.

Me iba a enterar de qué era lo que nadie me quería contar.

Capítulo 22



—Kate, ¿estás libre?

—Hola, Mark... Sí, ¿por?

—Necesito verte. En mi casa. Ahora.

—Vale, salgo para allá.

Colgué el teléfono y maldije. La había visto besándose con otro. Los celos casi me habían vuelto loco.

Y la había besado, con rabia, con odio porque hubiera dejado que otro la tocara. Me había dejado claro que ya no tenía un lugar en su vida y era normal, le había hecho daño.

Pero vamos, ella no parecía tan afectada con mi ausencia. Qué rápido me había buscado sustituto.

Pues si era lo que quería, que cada uno siguiera con su vida. Llegué a casa y Kate no tardó mucho en llegar. La besé al verla y solté con ella toda la rabia que tenía dentro.

—Eso es una bienvenida —rio ella.

Me di asco a mí mismo, la estaba usando y sabía que después me iba a dar más asco del que ya me daba.

—Una noche sin compromisos, Kate, ¿te interesa? —pregunté directamente. Era mi manera de castigar a Dani. Mi manera de castigarme a mí mismo.

—De ti no espero nada, Mark —me guiñó un ojo—. Una noche siempre viene bien —dijo seductoramente.

Quise vomitar, pero no sabía si era por ella o por el alcohol.

Cogí su mano y tiré de ella hasta mi dormitorio. La tumbé en la cama, me puse encima y comencé a besarla.

—Oh, Mark... —gimió entre mis labios.

Me quedé completamente quieto, la tensión se había hecho cargo de mi cuerpo.

No podía hacerlo. No era eso lo que quería. No era a ella a quien quería.

—Joder —gruñí y me quité de encima de ella, dejándome caer en la cama.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Es por esa chica, ¿verdad?

La miré rápidamente a los ojos.

—¿De quién hablas?

—Te he visto un par de veces con ella, Mark, y se te veía diferente. Feliz —sonrió.

—Entre ella y yo todo se acabó.

—No me digas ¿Tu “cumplemes”? —rio— ¿No habrás sido tan idiota de...?

—No soy suficiente para ella, Kate.

Ella rio y negó con la cabeza.

—¿Y alguien es suficiente para alguien? Las cosas no funcionan así, Mark. Si amas a alguien, luchas por esa persona. Por ser mejor cada día. Pero si esperas sentirte suficiente para alguien, entonces estarás siempre solo, porque eso no ocurrirá. Si la amas, verás cosas maravillosas en ellas y siempre te sentirás pequeño a su lado —sonrió con dulzura—. ¿La quieres?

Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza.

—Más de lo que creía.

—Entonces no la pierdas.

—Ella no quiere volver a verme.

—Porque está herida. Reconquístala. Insístele. Demuéstrale que no es una más en tu lista de mujeres prescindibles.

—¿Cómo hago eso?

—Algo se te ocurrirá. Pero primero descansa, lo necesitas.

Se levantó de la cama y sonrió.

—¿Por qué me ayudas?

—Eres un buen tío, Mark. Siempre has ido de frente. Y, como te dije, os he visto juntos. Me gustaría encontrar para mí lo que tenéis vosotros dos.

—Me lo cargué, Kate —quería llorar.

—Tal vez aún puedes arreglarlo —se agachó y me dio un beso en la mejilla—. Duerme y lucha por ella.

—Gracias.

Me acomodé en la cama y cerré los ojos. Kate tenía razón, no podía dejarla marchar.

La amaba y no tenerla me estaba destrozando, como la había destrozado a

ella por ser un puto cobarde.

Cuando me levantara al día siguiente, iría a verla. Iría cada día a pedirle perdón, pero tenía que volver a tenerla a mi lado.

No era el hombre que merecía, pero sí quien la amaba como ningún otro la haría. Con todas sus rarezas. Con todas esas cosas que la hacían única.

Por primera vez en mi vida me había enamorado y no podía perder a la única mujer que me podía hacer feliz.

Capítulo 23



Fui a llamar a la puerta del apartamento de Marcos cuando esta se abrió. Y me quedé completamente helada al ver que era una mujer espectacular quien la abría.

Las dos nos quedamos sin saber qué decir.

—¿Kate? —saludó Carlos a mi espalda.

Mi cuerpo se tensionó aún más. Así que esa era la última amante de Marcos, le había faltado tiempo para llamarla.

Dejé mis brazos caer en un gesto de rendición y me giré para irme.

—Dani... —Marta me cogió del brazo, rogándome que esperara.

—Necesito estar sola, por favor —le rogué—. Estaré bien —le prometí.

Dudó un poco, pero dejó que me marchara. Agradecía su apoyo, pero en ese momento solo necesitaba tomar aire y pensar. Porque me sentía imbécil.

Había ido a buscar una explicación con la tonta esperanza de que, quizás, hubiera algo que no rompiera del todo lo que teníamos. Y estaba con otra.

Además, ¿qué teníamos? ¿Un pacto de amigos? ¿Un pacto de sexo sin compromiso? ¿Un pacto de solo un mes?

Hice las cosas mal desde el principio y ya, ahora tenía que lidiar con las consecuencias de no haber puestos, desde la primera vez, las cartas sobre la mesa.

Cogí el teléfono y llamé a mi hermano.

—¿Dani? ¿Qué pasa? ¿Qué horas son estas de llamar? —preguntó preocupado.

—¿Puedes buscarme un vuelo para mañana mismo?

—¿Un vuelo adónde?

—A casa, necesito estar en casa.

—¿Por qué? Dime que no te pasó nada.

—Necesito estar en casa, David. ¿Puedes encargarte?

—Tendrás el primero que salga, prepara las maletas. Y yo iré para allá también.

—No es necesario.

—Yo decido lo que lo es y lo que no. Nos vemos en casa. En un rato te mando el billete al email.

—Gracias.

En unas horas estaría en casa con mi madre y con mi hermano.

Me vendría bien un poco de distancia y de paz para poder volver a mi vida.

Avisaría al día siguiente en el trabajo de que tenía problemas personales y cogería unos días libres.

Miré el móvil cuando un mensaje sonó.

David: *“Sales en cinco horas, el primer vuelo de la mañana. Haz las maletas y vete al aeropuerto ya. Nos vemos mañana en casa.”*

Pues eso sería lo que haría.

Capítulo 24



Me desperté a la mañana siguiente y lo único que quería era una taza de café y un par de pastillas que me quitaran el maldito dolor de cabeza.

Pestañee varias veces porque debería de seguir borracho y tenía alucinaciones.

—No estás alucinando, estamos aquí de verdad —dijo Carlos muy serio.

—Ah... —negué con la cabeza. ¿Qué demonios estaban haciendo allí?

—Toma, lo necesitas —Marta me puso una taza de café por delante y se lo agradecí, tomé asiento y miré a los dos. Habían preparado el desayuno y...

—¿Qué demonios hacéis en mi casa?

—Esperar a que te levantes, porque la has jodido —dijo Carlos con tranquilidad.

Resoplé, ya debían de saber lo de la noche anterior.

—¿Cómo habéis entrado?

—Nos abrió Kate —dijo mi amigo.

—En realidad, Kate abrió la puerta a Dani —Marta elevó las cejas y esperó mi reacción.

Tardó en llegar. ¿A Dani?

—¿Qué hacía Dani aquí? —me daba hasta miedo preguntar.

—Pues que aunque no lo merezcas, tienes buenos amigos, nosotros— Carlos señaló a su mujer y a él mismo—, que intercedemos por ti. Y vino a hablar contigo. Y se encontró con esa mujer en tu casa.

—No pasó nada con ella —dije entrando en pánico.

—Lo sabemos, ella nos lo contó —suspiró Marta—. Pero Dani se fue antes de escuchar ninguna explicación.

Joder, estaba tan bebido y tan cansado que no me enteré de nada.

—¿Dónde está? —me levanté rápidamente, Carlos me agarró del brazo y me hizo sentarme de nuevo.

—No sabemos de ella desde anoche —dijo Marta, preocupada—. El móvil sale apagado y en su casa no abre nadie.

—Joder —golpeé la mesa.

No podía ser que otra vez volviera a cagarla. Ella había venido a buscarme. Ella me había querido dar una segunda oportunidad.

Y yo había vuelto a joderla.

Tenía que encontrarla, tenía que saber dónde estaba.

—¿Tienes idea de dónde puede estar? Porque estoy preocupada, Marcos —a Marta se le notaba la preocupación en la voz.

—Tiene que estar en su casa.

—No, no está allí, te lo aseguro —suspiró ella.

—No en esta casa. En su casa —estaba seguro de que había volado a España, la conocía bien y sabía que mi intuición no se equivocaba.

Cogí el móvil y miré vuelos.

—Deberías asegurarte antes... —dijo Marta.

—Sé que está allí, Marta —le aseguré.

—Entonces ve —sonrió.

—Tómame el tiempo que necesites —me dijo Carlos—. Pero vuelve con ella —me guiñó un ojo.

—Lo intentaré.

—Solo sé sincero, no te guardes nada. No pierdas a la única mujer que amas. Porque te aseguro que ella te adora —sonrió Marta.

—No es eso lo que me dio a entender anoche —resoplé.

—Actuaste como un neandertal, ¿qué esperabas? —me recriminó ella.

Tenía razón. Lo había hecho mal. Pero tenía que arreglarlo.

Tenía que demostrarle lo que ella significaba para mí.

Y lo haría, costara lo que costara.

Preparé la maleta cuando compré el billete de avión, me despedí de mis amigos y salí para el aeropuerto.

Ni siquiera iba a asegurarme de si estaba donde yo creía, algo me decía que la encontraría allí. Y llamar a su hermano para confirmarlo solo sería ponerla a ella sobre aviso y que saliera huyendo de nuevo.

No iba a correr el riesgo.

Me iba a encontrar, frente a frente.

Y me iba a escuchar, quisiera ella o no.

Capítulo 25



Me senté esa mañana en el porche con mi taza de café en las manos. Había llegado el día anterior y había conseguido dormir esa noche.

Me desperté temprano, mi madre y mi hermano, quien llegó poco después, aún dormían.

Estaba ensimismada, pensando en lo estúpida que había sido por creer que de verdad podía haber una explicación a todo lo que había pasado.

La única explicación es que él no había cambiado nada.

Estaba con su amante, con su exnovia, como quisiera llamarla.

Suspiré, dejé la taza de café en la mesa, me acomodé y cerré los ojos.

—Dani...

Suspiré al escuchar su voz, debía de estar soñando, la tenía metida en la cabeza.

—Mierda, Marcos —susurré—. ¿Por qué lo jodiste todo? —las lágrimas comenzaron a salir, me las limpié, rabiosa y me levanté.

—No llores, pequeña —fue entonces cuando lo vi, acercándose a mí. Estaba preocupado y más desmejorado de lo que recordaba haberlo visto dos noches atrás.

—¿Marcos? —no me lo podía creer.

—Hola... —dijo nervioso.

—¿Qué haces aquí? —me levanté de un salto y pestañeeé varias veces, ¿no estaba soñando?

—Necesito hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar.

—Te equivocas, pequeña —dijo con dulzura, fue a acercarse a mí, pero me eché para atrás. No quería que me tocara—. Daniela, por favor.

—Hijo de puta...

Todo ocurrió muy rápido. De repente Marcos ya no estaba frente a mí, sino

frente a mi hermano y cayendo al suelo después de que le hubiera dado un puñetazo en la cara.

—¡David! —me acerqué a él y lo agarré porque sabía que quería volver a golpearlo.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó mi hermano con rabia.

Marcos se levantó, se limpió la sangre del labio e hizo una mueca de dolor.

—No te metas, no es tu asunto —dijo con rabia.

—Le has hecho daño a mi hermana. Te dije que te mataría si lo hacías —gruñó mi hermano.

Resoplé, imaginaba que entre los dos ya había habido más palabras de la cuenta.

—Tengo que hablar con ella, David. Tengo cosas que explicarle.

—¿Y qué le vas a explicar? ¿Cómo te acostaste anoche con otra? ¿Cómo has jugado con ella?

—Imbécil —entonces fue Marcos quien se abalanzó sobre él.

Estaba cansada, ni me iba a meter. Por mí podían matarse los dos. Así que me fui al cuarto y los dejé allí.

Bastante tenía con lo mío como para aguantar a dos imbéciles más.

Capítulo 26



—¿Dónde está? —pregunté cuando no la vi.

David bajó el puño que iba directamente a mi cara, otra vez, y miró alrededor.

—Joder —bufó y se sentó en los escalones del porche—. Me has dado fuerte.

—Tampoco te has quedado corto —dije con ironía.

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche, pero busqué dónde dormir y esperé a venir a verla.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Intuición. Os conozco bien —me encogí de hombros—. También sabía que estarías aquí y que si te avisaba, no me dejarías verla.

—Me conoces bien, sí —resopló—. Le has hecho daño y eso era lo que yo no quería.

—También me he hecho daño a mí —suspiré.

David me miró y suspiró pesadamente.

—¿Vamos a por algo fuerte de beber?

—Tan temprano.

—No sé tú, pero yo lo necesito —se levantó y me ofreció la mano para ayudarme. Era una tregua y yo la acepté.

Caminamos hasta un bar cercano y pedimos algo fuerte para tomar. El camarero nos miró las caras, que viendo la de mi amigo, ensangrentada e hinchada sabía que la mía no andaría mucho mejor y nos puso el alcohol sin hacer preguntas.

David bebió un poco y me observó unos segundos.

—Joder, pues sí que estás hecho una mierda.

—Eres bueno con el puño, ¿por qué crees que siempre evitaba enfrentarme a ti? —resoplé.

—No me refería a eso, Marcos.

Sabía de lo que estaba hablando, pero necesitaba valor para hablar con ese tema de él.

Cogí aire y lo miré con sinceridad.

—La quiero, David. La quiero como nunca quise a nadie.

Él me observó y suspiró.

—Lo sé desde el primer día, idiota.

—Supongo que se me notaba.

—Tanto que era patético. Joder, mi mejor amigo con mi hermana. Nunca me imaginé algo así —puso cara de asco.

—Lo de tu mejor amigo no creo que sea así. Ya me dejaste claro que no era suficiente para ella.

—Para mí nadie será nunca suficiente para ella.

—Lo imagino.

—Y no esperaba esto —resopló.

—Yo tampoco esperaba enamorarme de ella.

—¿Por qué la dejaste?

—Porque tenías razón, merece a alguien mejor que yo.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Porque aunque eso sea así... La quiero. Y por mucho que no sea suficiente para ella, sé que nadie podrá quererla como lo hago yo —dije con sinceridad.

Mi amigo afirmó con la cabeza, como impresionado con mi respuesta.

—De verdad la quieres —era como si no se lo pudiera creer.

—Sí —dije con firmeza—. ¿Cómo no hacerlo? —sonreí como un tonto— Es la mujer más increíble del mundo.

—Estás hablando de la piojo —rio.

—Las cosas de la vida... No espero tu bendición. Y me importa una mierda si no vuelvo a verte más en la vida. Pero he venido por ella y no me iré sin ella.

Él enarcó las cejas y una sonrisa se le dibujó en sus labios.

—Vaya, vaya... Ella también te quiere. Y yo tengo que disculparme —joder, eso sí que no me lo esperaba—. Me asusté cuando vi lo que había entre vosotros y pensé que solo era un juego para ti. Tienes un pasado, ¿qué querías que pensara?

—Ya...

—Pero quiero ver de nuevo ese brillo en sus ojos, quiero verla feliz. No como está ahora.

—Todo es mi culpa.

—No —negó inmediatamente—. La culpa también es mía y ambos lo sabemos. Lo siento, Marcos, dije cosas que no debía, pero tenía miedo de que le hicieras daño.

—Se lo hice al final —suspiré.

—Porque me metí donde no debía —resopló—. Si eres su felicidad, os apoyaré.

—¿Aunque no sea suficiente para ella?

—Parece que eres más que suficiente —me ofreció su mano, era su manera de disculparse y yo la estreché.

—Tengo que explicarle las cosas, pero si no quiere verme...

—Déjame explicarle a mí mi parte de culpa.

—No hace falta, David.

—Necesito hacerlo. ¿Tú quieres recuperarla?

—Claro que sí.

—Entonces hazme caso.

Afirmé con la cabeza y lo escuché.

Quedamos en vernos esa noche y recé para que todo saliera bien.

Capítulo 27



—Al final tenía yo razón —estábamos cenando y en silencio. Nadie decía nada.

Mi madre solo miraba la cara destrozada de mi hermano y suspiraba. Yo solo podía pensar en si él la tenía así, cómo podía tenerla Marcos.

—¿Razón en qué? —preguntó mi madre.

—Sobre Marcos.

Me puse en tensión.

—¿No podemos dejar el tema ya? —resoplé.

—Pero tenía razón —era peor que un grano en el culo.

—¿En qué demonios tenías razón? —ya iba a enfadarme.

—En lo que le dije en Nochevieja, que no era suficiente para ti —soltó tan tranquilo.

Mi madre soltó un grito ahogado y yo tuve ganas de estamparle mi puño en esa boca. Porque eso me hacía entender algunas cosas.

—¿Pero por qué hiciste eso, David?

—Porque lo creía. Y me equivoqué —me miró con tristeza—. Lo siento, piojo, me metí donde no me llamaban.

Yo no podía hablar, yo solo quería llorar.

—No pasa nada, demostró que tenías razón —dije limpiándome una lágrima.

—No. No la tenía. Ese hombre te quiere y yo actué como un hermano posesivo.

—Si me quisiera...

—Tiene sus miedos, como todos —me interrumpió mi madre.

—¿Por qué no le das una oportunidad, piojo? Solo escúchalo.

—No creo que vuelva —tragué saliva, nerviosa.

Mi hermano se levantó y abrió la puerta de casa.

Volvió al salón, con Marcos a su lado.

David me miró y me guiñó un ojo.

—No tenía pensamiento de irse —dijo mi hermano. Le dio unas palmaditas en el hombro a su amigo y le hizo señas a mi madre para que nos dejaran solos.

—Marcos...

—Hola —sonrió con tristeza e hizo un gesto de dolor.

—Te ha dejado la cara hecha un Cristo —me levanté y me acerqué a él mientras él venía a mi encuentro.

—También se llevó lo suyo —bromeó—. Tu hermano tenía razón, no iba a irme hasta hablar contigo.

—Las cosas son como son, Marcos. Yo ni cuenta me di de que habíamos cumplido un mes y...

—Deja ya el puto mes —resopló—. Me asusté, Dani, pero no por lo que piensas. Me asusté porque me dio miedo pedirte más. Me dio miedo que me rechazaras. Me dio miedo sufrir. Y me dio miedo no ser suficiente para ti.

—¿Qué clase de mierda te metió mi hermano en la cabeza?

—Tu hermano no tiene la culpa. Fui yo. Mi inseguridad y mis miedos.

—¿Miedo a qué? —susurré, acercándome un poco más a él.

—A cortarte las alas. A que por estar conmigo te quitara la posibilidad de conocer a alguien más.

—No quería conocer a alguien más.

—Pero ese no era el trato, ¿no?

Suspiré, los dos lo habíamos hecho mal.

—Ese trato... Era la única manera que encontré de tener algo más contigo.

—Lo sé —sonrió—. Los dos hemos metido la pata y hemos jodido esto.

Afirmé con la cabeza, en eso tenía razón.

—¿Te acostaste con ella? —Marcos cerró los ojos y suspiró— No te culparé por ello, pero necesito saberlo.

—La besé y mi idea era hacerlo —me dolió escuchar eso—. Pero no pude, eras tú a quien quería. ¿Te acostaste tú con él? —negué con la cabeza y él levantó una mano, acariciando mi mejilla mientras limpiaba las lágrimas de mis ojos—. Tengo mucho que explicarte, Dani.

—No hay nada que explicar, los dos lo hicimos mal. No te atormentes por eso. No te culpo por nada —dije con sinceridad—. Solo nos va a tomar un tiempo volver a ser amigos.

—Creo que no lo entiendes —cogió mi cara entre sus manos y me miró fijamente a los ojos—. Nunca dejaremos de ser amigos. Como nunca dejaré de desearte —me dio un beso en los labios y temblé con su roce.

Yo tampoco dejaría de desearlo, porque lo amaba, aunque él no lo supiera.

—Pensé que solo venías a disculparte y...

—No —me dio otro beso, esa vez más profundo, pegando nuestros cuerpos por completo.

—¿Entonces a qué viniste? —temblé entre sus labios.

—A pedirte perdón... —un beso.

—Estás perdonado.

—Vine a hacerte, también, una proposición —otro beso.

—¿Qué tipo de proposición? —gemí.

—Una que espero que aceptes —otro beso.

—¿Cuál? —insistí.

—Te la diré después —otro beso...

—Marcos... —supliqué.

—Vente conmigo ahora, pequeña. Déjame hacer las cosas a mi manera.

—¿Adónde?

Me miró a los ojos y sonrió.

—A un sitio donde haya más intimidad —señaló con la cabeza a su espalda y vi a mi madre y a mi hermano asomados por el quicio de la puerta.

Puse los ojos en blanco y Marcos rio.

—¿En serio? —pregunté mirando a mi familia.

—Es que estabais tan callados que ya hasta nos daba miedo —carraspeó mi madre.

Miré a Marcos, quien soltó una carcajada y negué con la cabeza.

—Vámonos ya —le rogué.

—Tus deseos son órdenes —agarró mi mano y tiró de mí.

Me sacó de casa mientras escuchábamos los gritos de mi hermano por detrás.

—¡Hazla feliz, capullo! Lo merecéis.

Marcos sonrió y yo también.

No sabía adónde íbamos ni cual sería esa propuesta, pero seguro que me iba a gustar.

Capítulo 28



Entramos en la habitación del hotel donde me alojaba y la vi sorprendida al ver todo lleno de pétalos de rosa.

Había organizado todo antes de ir a verla.

—¿Qué es todo esto, Marcos?

La cogí de la mano, la hice sentarse en la cama y me puse de rodillas, entre sus piernas.

—Necesito tu ayuda —comencé, como solía hacer ella. La vi sonreír y supe que lo había entendido.

—¿Qué necesitas?

—Que aceptes una propuesta que tengo.

—Miedo me da —le guiñé un ojo.

—Debería dártelo —saqué una cajita de su bolsillo y la abrí mientras le enseñaba el precioso colgante que había dentro. Eran una M de plata unida a una D.

—¿Qué es eso? —preguntó sin entender.

Saqué la cadena y la dejé en sus manos.

—Quiero más que sexo sin compromiso contigo. Quiero verte cada día. Quiero que vivas conmigo. Quiero...

—¿Me estás pidiendo una relación seria? —preguntó.

—Te estoy pidiendo un “todo”, Dani. Te estoy pidiendo algo sin fecha de caducidad. Te estoy pidiendo que seas libre, pero a mi lado. Que tengas tu vida, tus amigos, que salgas con ellos, siempre y cuando termines en nuestra cama cada noche.

—Me estás pidiendo una relación seria.

—Sí —afirmé.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. Porque estoy enamorado de ti.

—Marcos...

—La cagaré muchas veces y tendré miedo de no ser lo que necesitas, pero...

—Deja de decir eso —acarició mi cara—. Eres más de lo que necesito. Te quiero. Siempre te he querido —lloró.

—¿Entonces aceptas mi propuesta?

—Es un poco arriesgada... —sonrió, bromeando.

—Muy arriesgada. Porque creo que va a durar toda la vida —dije con sinceridad.

—Si es así... —una gran sonrisa se dibujó en su rostro— Acepto.

Me levanté y me dejé caer encima de ella, devorando su boca con todas las ganas contenidas que tenía dentro.

Estábamos los dos hambrientos el uno del otro. Apenas tardamos en desnudarnos y tener nuestros cuerpos pegados, piel con piel.

Tenerla desnuda, de nuevo, entre mis brazos, era la mejor sensación del mundo.

—Quiero hacerlo como la última vez —le pedí cuando dejé de lamer sus pechos y ya la sentí desesperada por tenerme dentro.

—¿A qué te refieres? —preguntó, estaba tan sumida en el deseo que parecía estar en otro mundo, lo que me hizo sonreír.

—Sin protección. Quiero sentirte siempre, pequeña. Eres la primera con la que lo hice así. Estoy sano y...

Ella se quedó en silencio unos segundos y una lágrima cayó por su mejilla.

—Ahora lo entiendo —susurró y yo afirmé con la cabeza, sabía de qué hablaba—. Esa noche...

—Sí.

—Fue tu manera de decirme que me amabas.

Era la única forma que encontré de mostrarle todo lo que significaba para mí.

—No sabía cómo hacerlo...

—No tenías que haberte ido —suspiró.

—No tenían que haber pasado muchas cosas, pequeña. Tenía que haberte dicho cómo me dolía verte pensar en querer estar con otros. Tenía que haberte dicho tantas cosas... Pero ahora estamos aquí, no volveremos a callarnos nada.

—¿Nada?

—Nada —afirmé, sabiendo a lo que se refería—. No me callaré nunca cuánto te quiero.

—Marcos...

—Te amo, pequeña. Déjame hacerte feliz.

Ella me besó con dulzura.

—Siempre he sido feliz mientras te tenía a mi lado.

—Entonces no volveré a dejar que te separes de mí.

La besé con todo el amor que sentía por ella y entré en su cuerpo, sintiéndola por completo. Su calor envolviéndome, dejándome sin aliento.

—Te quiero —susurré entre sus labios mientras salía para volver a entrar en ella.

—Y yo a ti, Marcos —gimió.

El placer se hizo cargo de nosotros y terminamos agotados. Pero abrazados y felices.

Había dejado atrás mis miedos, había conseguido tener a mi lado a la única mujer que había amado siempre.

Y nada ni nadie me volvería a separar de ella.

Mucho menos yo mismo.

Epílogo



—Como no bajemos ya, no tomaremos las uvas a tiempo —resoplé.

Marcos sonrió y me besó. Sabía que le daba lo mismo comerse las uvas o no, él no iba a parar hasta dejarme temblando.

—Marcos... —le advertí.

—No te comerás las uvas sin tener antes tu orgasmo.

Me reí, con él siempre era igual.

Desde que había comenzado nuestra nueva proposición, no nos habíamos separado. Me fui a vivir con él, su apartamento era más amplio que el mío. En el trabajo a ambos nos iba bien, así que no teníamos problemas.

De vez en cuando, yo salía con mis compañeros y cuando volvía a casa y me metía en la cama, mi chico me esperaba con los brazos abiertos.

No había celos entre nosotros como no había ninguna tercera persona para ninguno. Éramos solo nosotros dos. Y nuestro pequeño mundo.

Ese año habíamos pasado las Navidades con mi madre y con mi hermano en España y el año nuevo en casa, con ellos de visita. Me gustaba tenerlos allí y ver cómo la relación de mi hermano con Marcos había vuelto a lo que siempre fue.

Ahora no tenía dos granos en el culo, tenía tres. Porque a ese par se había unido Carlos. Quien, por cierto, la primera vez que vio a mi hermano le dio un rechazazo que le reventó el labio.

—Por capullo —le había dicho.

Y mi hermano lo aguantó, afirmando con la cabeza.

Desde ese momento, el trío fue inseparable. Para Marta y para mí, un completo dolor de cabeza.

—Marcos... —volví a gemir cuando comencé a temblar.

—Venga, pequeña. Dámelo —susurró sobre mis labios.

Movió sus dedos más rápidamente y lo hice, terminé estallando en mil pedazos.

—Joder —gemí, casi sin aliento.

—Ahora sí estás lista para las uvas —rio.

—Eres un capullo —resoplé.

—Pero me quieres —me guiñó un ojo y yo puse los ojos en blanco.

—Sabes de más que sí. Es mi cruz —suspiré mientras me colocaba bien la ropa.

Él soltó una carcajada y me dio un beso en los labios. Un beso dulce y perfecto.

—Yo también te quiero, piojo.

—Marcos... Que te den —resoplé por llamarme así.

—Espero que esta noche lo hagan, sí —reía siguiéndome por el pasillo.

—Como sigas así, te dejo a dos velas.

—No serías capaz —dijo con orgullo.

Me giré a mirarlo. Tenía una cara de satisfacción que no podía con ella. Y terminé sonriendo.

No, no sería capaz. Porque seguía deseándolo como el primer día.

Negué con la cabeza y llegué al salón. Mi madre, mi hermano, Carlos y Marta estaban allí, con las uvas preparadas.

—Joder, ¿podéis dejar el calentón para otro momento? —resopló Carlos— Joder, que empiezan los cuartos —refunfuñó.

Empezaba un año nuevo lleno de nuevos sueños. Y, con Marcos a mi lado, sabía que todo iría bien.

Porque era y sería el amor de mi vida.

Me desperté esa madrugada y besé a la preciosa mujer que dormía a mi lado antes de quitarla de encima de mi pecho.

—¿Adónde vas? —preguntó al notarlo, abrió los ojos un poco, somnolienta.

—A tomar algo caliente, creo que alguien necesita hablar.

Ella pestañeó varias veces.

—¿David?

—Creo que mal de amores —reí.

—No te puedo creer —rio ella.

—Ya te contaré. Tú duerme.

—Vale... Pero no tardes.

Me agaché y la besé.

—No lo haré. Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti —dijo antes de acurrucarse de nuevo y de cerrar los ojos.

Me levanté, me puse la ropa y fui a la cocina.

—¿Te he despertado? —preguntó mi mejor amigo y mi cuñado.

—No —mentí—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

—Bien, solo que me costaba dormir. ¿Quieres? —preguntó señalando su café.

—Sí, pero tranquilo, yo me lo preparo —lo hice y me senté frente a él—. Ahora dime, ¿qué te pasa?

—Nada...

—¿Cómo se llama?

—¿De qué hablas?

—A ver si te crees que soy tonto ahora —suspiré.

—Joder, ¿tanto se me nota?

—Tu hermana no notó nada, yo desde que te vi, sí —reí.

—Es algo complicado...

—¿Por qué?

—Porque lo que me propuso no es algo fácil.

Gemí, sabía muy bien cómo podían terminar esas proposiciones y él también. Ya conocía cómo había ocurrido todo entre su hermana y yo.

—¿Qué tipo de proposición? —pregunté.

Y mientras él dudaba y cogía aire para contarme, yo no pude evitar sonreír. La mía había sido arriesgada, pero había logrado superar los obstáculos y quedarme con la mujer que amaba.

Con David ya era otro tema. No había aguantado más de una noche con ninguna, pero viendo cómo estaba, sabía que había alguien ahí que le había tocado el corazón, aunque aún ni él mismo se hubiera dado cuenta.

—Una proposición arriesgada —resopló.

—Arriesgada fue la mía y mira ahora —le guiñé un ojo.

—¿Me estás diciendo que la acepte?

—No, ni siquiera sé de lo que hablas. Solo te digo que a veces, en la vida...

Quien no arriesga, no gana.

Y yo me había llevado el premio gordo.

Había ganado.

Tenía conmigo al amor de mi vida.

Y no la dejaría marchar jamás.